

Spring 5-3-2022

Maternidades disidentes en La hija única (2020) de Guadalupe Nettel y La perra (2018) de Pilar Quintana: una mirada crítica hacia la maternidad como constructo social

Leocadia Villarreal
leocadiavillarreal@dusty.tamtu.edu

Follow this and additional works at: <https://rio.tamtu.edu/etds>



Part of the [Women's Studies Commons](#)

Recommended Citation

Villarreal, Leocadia, "Maternidades disidentes en La hija única (2020) de Guadalupe Nettel y La perra (2018) de Pilar Quintana: una mirada crítica hacia la maternidad como constructo social" (2022). *Theses and Dissertations*. 182.

<https://rio.tamtu.edu/etds/182>

This Thesis is brought to you for free and open access by Research Information Online. It has been accepted for inclusion in Theses and Dissertations by an authorized administrator of Research Information Online. For more information, please contact benjamin.rawlins@tamtu.edu, eva.hernandez@tamtu.edu, jhatcher@tamtu.edu.

MATERNIDADES DISIDENTES EN *LA HIJA ÚNICA* (2020) DE GUADALUPE NETTEL Y
LA PERRA (2018) DE PILAR QUINTANA: UNA MIRADA CRÍTICA HACIA LA
MATERNIDAD COMO CONSTRUCTO SOCIAL

A Thesis

by

LEOCADIA VILLARREAL

Submitted to Texas A&M International University
in partial fulfillment of the requirements
for the degree of

MASTER OF ARTS

May 2022

Major Subject: Language, Literature and Translation

MATERNIDADES DISIDENTES EN LA HIJA ÚNICA (2020) DE GUADALUPE NETTEL Y
LA PERRA (2018) DE PILAR QUINTANA: UNA MIRADA CRÍTICA HACIA LA
MATERNIDAD COMO CONSTRUCTO SOCIAL

Copyright 2022 Leocadia Villarreal

MATERNIDADES DISIDENTES EN *LA HIJA ÚNICA* (2020) DE GUADALUPE NETTEL Y
LA PERRA (2018) DE PILAR QUINTANA: UNA MIRADA CRÍTICA HACIA LA
MATERNIDAD COMO CONSTRUCTO SOCIAL

A Thesis

by

LEOCADIA VILLARREAL

Submitted to Texas A&M International University
in partial fulfillment of the requirements
for the degree of

MASTER OF ARTS

Approved as to style and content by:

Chair of Committee,	Irma Leticia Cantú
Committee Members,	José Cardona-López
	Pamela J. Neumann
	Mónica Muñoz
Head of Department,	Kevin Lindberg

May 2022

Major Subject: Language, Literature and Translation

ABSTRACT

Maternidades disidentes en *La hija única* (2020) de Guadalupe Nettel y *La perra* (2018) de Pilar Quintana: Una mirada crítica hacia la maternidad como constructo social. (May 2022)

Leocadia Villarreal, B. A., Texas A&M International University;

Chair of Committee: Irma Leticia Cantú

Motherhood is a social construct dictated by the patriarchal system that subdues women to the domestic space. Throughout history, this construct has been the foundation of women's recognition and identity within society. My thesis emphasizes on how this social construct continues to affect women, even though it is still believed that contemporary women exercise their motherhood in total freedom. In her novel *La hija única* (2020), the author Guadalupe Nettel illustrates through her characters the stigma and judgement women currently face. Specially, when they reject motherhood, as well as how they deal with obstetric violence and maternal guilt. Pilar Quintana, on the other hand, in her novel *La perra* (2018) approaches motherhood from the perspective of the women who exert their motherhood from another social scale, centering her attention on Afro descendent women in Colombia. To conclude, both novels present another form to live and exercise motherhood through a dove's nest and the adoption of a dog.

RESUMEN

Maternidades disidentes en *La hija única* (2020) de Guadalupe Nettel y *La perra* (2018) de Pilar Quintana: Una mirada crítica hacia la maternidad como constructo social. (May 2022)

Leocadia Villarreal, B. A., Texas A&M International University;

Chair of Committee: Irma Leticia Cantú

La maternidad es un constructo social establecido por el sistema patriarcal que somete a las mujeres relegándolas al espacio doméstico. A través de la historia, esta construcción ha sido la encargada de darle a la mujer el reconocimiento y la identidad dentro de los márgenes sociales. Mi tesis consiste en enfatizar las secuelas que el constructo social ha dejado en las mujeres en la actualidad, aún cuando se cree que la mujer contemporánea ejerce su maternidad en completa libertad. La autora Guadalupe Nettel en *La hija única* (2020), ejemplifica a través de sus personajes, la estigmatización que enfrentan las mujeres que no desean ser madres, la violencia obstétrica y el arrepentimiento materno. Mientras que, Pilar Quintana en su obra *La perra* (2018), muestra una maternidad vivida desde otra escala social, con un enfoque en las afrocolombianas. Ambas novelas presentan una disidencia que nace a partir de un nido de palomas y la adopción de una perra, las cuales postulan una nueva forma de vivir y ejercer la maternidad.

DEDICATORIA

A las madres de mi vida: mi Ana, que a pesar de las dificultades jamás se dio por vencida y me enseñó a luchar; mi Lupita, que me acompañó en cada etapa de mi crecimiento y me enseñó la bondad; mi Iris, que con su carácter imponente y determinante me enseñó a ser fuerte; y mi Beatriz, que con sus cuidados le regresó la alegría y la esperanza a mi corazón.

A mi compañero de vida, Omar, que me acompañó y me motivó durante este proceso. A mis hijos Ethan, Analie y Aylin, los autores de mi maternidad disidente.

A todas las madres que se acuestan a dormir prometiéndose que mañana serán mejor.

ACKNOWLEDGEMENTS

Mi más sincero agradecimiento a la Dra. Irma Leticia Cantú por su guía y su motivación durante mi trayecto académico.

Al Dr. José Cardona-López, la Dra. Pamela Neumann y la Dra. Mónica Muñoz por su colaboración y aprobación de mi trabajo.

INDICE

	Page
ABSTRACT.....	iv
RESUMEN	iv
DEDICATORIA	v
ACKNOWLEDGEMENTS.....	vi
INDICE.....	vii
CAPÍTULO	
I INTRODUCCIÓN	1
II LAS MADRES DE NETTEL.....	16
III EL DISCURSO DE QUINTANA	46
IV CONCLUSIÓN.....	66
BIBLIOGRAFÍA	72
VITA	82

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN

El nacimiento de mis hijos, durante mis años universitarios, ha puesto en el centro el tema de la maternidad, no como una naturaleza, sino como un concepto vital que merece un tratamiento académico. El acervo literario sobre las maternidades diversas ha crecido vertiginosamente en la última década. Así esta fundamental experiencia personal se une a una investigación académica sobre las maternidades y sus diversas representaciones. El impacto de este ejercicio con el que se ha educado a las mujeres, y también se me había instruido a mí, cobró vida tras leer *Casas vacías* (2020) de Brenda Navarro. La descripción cruda y agonizante de las maternidades de Navarro muestra ese lado que toda mujer esconde con el único fin de encajar en el molde de la perfección. La maternidad se ha definido por el amor incondicional de una madre hacia su hijo que resulta difícil, e incluso abominable, aceptar que las madres expresen indiferencia, culpa, cansancio y sentimientos de abandono, maltrato y odio hacia sus propios hijos. A lo largo de la historia se ha inculcado que la maternidad es la única función social que puede ejercer la mujer al no existir un patrón similar para el hombre, lo que demuestra que no es una cuestión biológica, sino de género. Sin embargo, al cuestionar el mito materno aparecen conceptos como el llamado “instinto materno” y la “naturaleza femenina” que asocian a la mujer directamente con su dimensión sexual invalidando su identidad. Según la visión conservadora de la *Real Academia Española*, la palabra “madre” tiene como significado, “Mujer que ha concebido o ha parido uno o más hijos”, “Mujer en relación con sus hijos” o “Mujer con cualidades atribuidas a una madre, especialmente su carácter protector y afectivo”, cualquiera que sea su definición la mujer está ligada a su sistema reproductivo y a su relación con el ser que ha procreado. Por lo tanto, la maternidad se presenta como un compuesto femenino que deriva de

un conjunto de elementos -la fecundación, el embarazo, el parto, el puerperio, la lactancia y la crianza -que sólo la mujer posee y es capaz de ejercer.

No obstante, la maternidad engloba múltiples definiciones de acuerdo con la experiencia personal, el nivel socioeconómico, geográfico e incluso en cómo ésta es ejercida: una maternidad biológica, adoptiva, monoparental, en pareja, en soledad, con ayuda, un hijo, más de uno, trabajar fuera de casa o ser ama de casa, todo influye en la forma en la que se puede vivir y definir la maternidad. En la actualidad, las mujeres no sólo afrontan la maternidad como una imposición; al haberse integrado a otros ámbitos que antes le pertenecían al hombre, sino a nuevos obstáculos que limitan su crecimiento personal debido a los moldes y a las normas existentes que aún continúan ejerciendo el poder sobre sus cuerpos y sus decisiones. Los derechos que ha adquirido la mujer a lo largo de los años son el producto de las luchas civiles, de una mirada más crítica hacia la maternidad y sus componentes socio-históricos que evidencian la desigualdad de poder y los roles de género que se han establecido -por la Iglesia, el Estado y el sistema patriarcal -y continúan posicionando al hombre en el ámbito público relegando a la mujer al espacio privado y, por ende, la maternidad. Cristina Palomar Vereza señala que, “las madres tienen una historia y, por lo tanto, la maternidad ya no puede verse como un hecho natural, atemporal y universal, sino como una parte de la cultura en evolución continua” (40). Por lo tanto, una revisión concisa de la construcción de los discursos sociales y culturales que se han creado entorno al modelo mujer-madre es necesaria para adquirir una visión más amplia de las prácticas que se han tomado del pasado y así romper con los modelos existentes para abrir paso a nuevas formas de ver y experimentar la maternidad.

Las luchas feministas y las aportaciones literarias de escritoras como Esther Vivas (*Mamá desobediente* 2019), Jane Lazarre (*El nudo materno* 2018) y Jasmine Barrera (*Línea*

Nigra 2020), por mencionar algunas, que están escribiendo cada vez más sobre sus experiencias personales cuestionando el “instinto materno” y el arquetipo maternal que se ha creado en torno a la mujer, han dado paso a nuevas formas de entender y practicar la maternidad. El corpus seleccionado para este trabajo consiste en Guadalupe Nettel con *La hija única* (2020) y Pilar Quintana con *La perra* (2018), quienes a través de sus protagonistas: Laura, Alina, Doris y Damaris exhiben los conflictos que provienen de una serie de eventos históricos que derivan del constructo social que determina el comportamiento y el lugar de las mujeres en la sociedad actual. Una situación que plantea una serie de interrogantes en torno al rol materno que se le ha adjudicado a la mujer, con base en su capacidad reproductiva, la cual se cree le proporciona todo lo necesario para cumplir con este dictamen. Ambas autoras cuestionan este concepto mostrando que no todas las mujeres quieren ser madres y no todas están capacitadas para serlo, al exponer temas que surgen dentro los espacios políticos y sociales, en donde la mujer continúa en desventaja al no ser libre para decidir su propio destino. Con base en lo anterior, mi tesis consiste en mostrar cómo las autoras exhiben el constructo social histórico, a través de las historias de sus protagonistas, evidenciando las secuelas de éste sobre las mujeres en la actualidad. Además de subvertir el discurso establecido, creando alternativas conocidas como maternidades disidentes, al presentar una nueva forma de definir y ejercer la maternidad, un suceso que se presenta por medio de un nido de palomas y la adopción de una perra.

La madre en la mitología occidental procede de la presencia de las deidades femeninas que surgieron en un periodo antiguo de la historia. De acuerdo con María Elisa Molina, “*la diosa* representa un arquetipo femenino, conectando a las mujeres a una cadena milenaria de significados en torno a su identidad” (94). Los estudios arqueológicos señalan la existencia de dichas diosas dentro de sociedades pacíficas, lo que indicaba un tipo de organización

“matriarcal”. Los hombres al meditar sobre la vida y la muerte encontraron la respuesta en la mujer y su poder reproductivo. La mujer y su fertilidad eran el símbolo de la tierra fértil que proveía el sustento para la continuidad de la especie humana. Sin embargo, esta práctica fue substituida por un modelo patriarcal que trajeron consigo los guerreros que conquistaron dichas comunidades. La mujer dejó de ser reconocida por su don de fertilidad para convertirse en una diosa más con múltiples identidades. En la antigua Grecia, existían las *diosas vírgenes* y las *diosas vulnerables*¹, quienes representaban los polos opuestos de la identidad femenina. Un ejemplo de esto son Artemisa, una *diosa virgen* de la caza, la luna y el nacimiento que encarnaba el carácter fuerte e independiente de la mujer y a quien las parteras le rezaban cuando asistían a las mujeres durante el parto; y Démeter, una *diosa vulnerable* de la agricultura que nutría la tierra y le daba vida. Una mujer violada por Poseidón en la búsqueda de su hija, ligada estrechamente a la maternidad debido a su carácter sumiso y amoroso.

Además de la existencia de estas diosas, en la antigua Grecia el reconocimiento de las mujeres radicaba en el cumplimiento de su rol como madres y esposas. La maternidad era una obligación y sus ocupaciones eran la gestación, el parto y la crianza junto al cuidado del hogar. Las mujeres griegas vivían bajo la autoridad de los hombres y no tenían derechos ni participación en la vida pública. El padre, con el fin de mantener su linaje, poseía el control absoluto y sólo él tenía derechos sobre los hijos. La responsabilidad que la mujer griega tenía de asegurar la descendencia del hombre se puede observar en algunos mitos trágicos como el de Medea². La cultura romana, a pesar de haber adoptado muchas de las costumbres griegas,

¹ Cabe resaltar la diferencia entre estas diosas: las *diosas vírgenes* eran deidades de carácter fuerte e independiente, con la voluntad para cumplir sus metas; mientras que las *diosas vulnerables* eran aquellas que necesitaban una relación amorosa y estaban ligadas al papel de esposa y madre.

² En esta tragedia, escrita por Eurípides, Medea toma venganza en contra de Jasón su marido, quien contrae matrimonio con otra mujer, abandonándola con sus hijos y desterrándola. Medea causa la muerte de la prometida, mata a sus hijos y después huye dejando a su esposo sin linaje.

contaba con un sistema jurídico que colocaba la maternidad dentro del sistema familiar. Sin embargo, esto no le otorgaba a la mujer ningún tipo de privilegios, ya que su participación se limitaba al espacio doméstico. Durante el parto, las mujeres romanas eran asistidas por parteras que rezaban y preparaban pócimas para mitigar el dolor, pero era el padre quien se encargaba de aceptar o rechazar a la criatura una vez nacida. La madre no tenía ningún tipo de derecho sobre el hijo, ya que la ley romana solo reconocía la autoridad del padre para el beneficio de su linaje y de su pueblo. Si el padre moría durante la gestación, el feto era el único heredero y el cuerpo de la mujer pasaba a ser un simple recipiente sin ningún tipo de compensación. La existencia de las deidades mitológicas y las prácticas sociales de las antiguas civilizaciones formaron parte de la definición femenina que adquirió la mujer, ya que “los mitos griegos y todos los demás mitos continúan siendo corrientes relevantes porque hay en ello una resonancia de verdad sobre la experiencia humana compartida” (Shinoda 2005) que incluso puede encontrarse dentro de la teogonía indígena de Latinoamérica; como la Pacha Mama o “madre tierra”, diosa inca de la tierra fértil, la siembra y la cosecha venerada por los pueblos andinos; o Tonantzin “madre de todos los dioses”, diosa mexicana de la vida y la fertilidad y de la que más adelante surgiría un arquetipo femenino que cambiaría la sexualidad y la maternidad de la mujer.

La influencia de la Iglesia católica es de suma importancia en la definición y el lugar que se le ha conferido a la mujer, dentro de la sociedad, al marcar las pautas históricas de su destino. El comportamiento femenino y la figura mística maternal provienen de la teología judeocristiana de la que se tomaron dos figuras bíblicas fundamentales: Eva y María. En el Antiguo Testamento se encuentra Eva, la mujer creada de la costilla de Adán para brindarle compañía, pero también la culpable de su desobediencia y caída. “La mujer del Antiguo Testamento es hueca, débil, y caprichosa” (Molina 95) al dejarse seducir por la serpiente y recibir la maldición de parir con

dolor y vivir sometida al hombre, “Multiplicare en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti” (“versión Reina-Valera”, Gen. 3:16). Por otro lado, María, la figura del Nuevo Testamento, es una mujer pura, consagrada y sumisa escogida por Dios para ser la madre del salvador, obediente y sujeta a todo mandato. María es reconocida por su devoción a su familia, pero sobre todo por el amor y los cuidados que le brinda a su hijo, mientras que Eva es reconocida por su naturaleza pecaminosa y la tentación que representa para el hombre. Pilar Melero en su libro *Mythological Constructs of Mexican Femininity* (2015) señala que los lugares que se le han asignado a la mujer dentro de la sociedad parten de tres figuras de la mitología mexicana: la Llorona como la mala madre, la Malinche como la barragana y la Virgen María como la madre abnegada.

De acuerdo con Melero, la mujer solo puede pertenecer a una de estas categorías debido a su función reproductiva, “Femininity traditionally has been constructed by assigning women roles in accordance with the biological functions of their sexuality: Mary, the good mother, and Eve, the temptress: the “positive” and “negative” elements of female sexuality” (10). Debido a estas dos figuras místicas la posición de la mujer queda reducida a dos opciones; madre o puta, ya que “el lugar de la figura bíblica de Eva lo ocupa la Malinche” (Róžańska 5). Eva, al ser la autora de la caída del hombre, debe ser expiada por su transgresión para poder reintegrarse a la sociedad porque de ella depende la continuidad de la especie humana. Es en ella en donde, según el Génesis, recae la responsabilidad de la procreación con el mandato que se le confiere de multiplicarse y llenar la tierra³. Por lo tanto, Eva al seguir los pasos de María, a través de la maternidad, redime su culpa y su sexualidad pecaminosa, reivindicando a la mujer al colocar su maternidad por encima de su naturaleza negativa y rebelde. Los lugares de estas dos figuras

³ “Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla...” Génesis 1:28.

místicas le otorgaron a la mujer una serie de cualidades y atributos que formaron parte de su identidad femenina posteriormente. La figura mística maternal derivada de María introduce un ideal femenino que muestra todo lo que una mujer debe ser: sacrificada, sumisa, amorosa y maternal. Las mujeres fueron adoctrinadas por el clero para alcanzar dichos atributos promovidos por la Iglesia con el fin de ser buenas esposas y madres. Cualidades que también se les atribuyeron a todas las demás diosas a las que se les veneraba por su fertilidad. Según Alicia Oiberman, “el mito y culto de la virgen madre permitieron que los cristianos compensaran la desaparición de las diosas con la asunción de solo una mujer” (120), ya que muchas de las diosas de la mitología fueron redefinidas y reconocidas por la Iglesia, como el caso de Tonantzin⁴, quien se convirtió en la virgen de Guadalupe, la madre de todos.

De los siglos XVI al XVIII se suscitaron una serie de cambios sociales, políticos y económicos que fueron fundamentales para el modelo mujer-madre. Cabe mencionar la Reforma protestante del siglo XVI que modificó la identidad de la mujer, de una posición sacralizada la mujer pasó a ser un ente terrenal con un poder distintivo: la reproducción. Durante este periodo las mujeres ejercían la maternidad de distintas formas y de acuerdo con su estrato social. Las mujeres campesinas trabajaban en el área doméstica y ayudaban a sus maridos en el campo para poder sustentar a la familia. Su maternidad no era una prioridad, ya que algunos de sus hijos trabajaban junto a ellas y otros morían debido a la desnutrición. Los contratos de lactancia remunerada obligaban a muchas de ellas a abandonar a sus hijos para criar a los de la nobleza. Las prostitutas de la época eran mujeres marginadas y algunas de ellas viudas con hijos que recurrían a esta profesión para sobrevivir. Una práctica comúnmente aceptada, pero después

⁴ Según Margarita Zires, la aparición de Tonantzin a Juan Diego, en el cerro del Tepeyac en 1531, llevó a los frailes franciscanos a edificar un templo en el mismo cerro para fomentar la veneración a la diosa azteca que pasó a ser la Virgen de Guadalupe.

prohibida por la iglesia católica y protestante. La función de la esposa noble era la maternidad en su totalidad. Su labor era la reproducción continua para incrementar y asegurar el linaje familiar. La mayoría de ellas no criaba a sus hijos, ya que se creía que las relaciones sexuales afectaban la leche materna y como consecuencia al bebé. Estas mujeres vivían sometidas a sus maridos y eran excluidas de todos los negocios familiares.

Todo esto cambió cuando la mujer y su maternidad se tornaron en un recurso económico que fue dominado y explotado por el Estado y la Iglesia, lo que dio inicio a la caza de las brujas. Todavía durante la Edad Media alta, la maternidad era un asunto exclusivo de la mujer y, a excepción de la Virgen María, no poseía ningún valor. A pesar de estar sometidas a sus esposos, las mujeres tenían el control sobre su cuerpo y la gestación y eran asistidas por las comadronas, quienes cuidaban de sus embarazos, sus partos y su sistema reproductivo. Además, las comadronas les suministraban métodos anticonceptivos como hierbas y pociones que facilitaban el periodo menstrual, el aborto y la esterilidad. Silvia Federici, una experta en el tema menciona que, “la principal iniciativa del Estado con el fin de restaurar la proporción deseada de población fue lanzar una verdadera guerra contra las mujeres, claramente orientada a quebrar el control que habían ejercido sobre sus cuerpos y su reproducción” (136). Esta acción se derivó de la crisis poblacional que se vivió en los siglos XVI y XVII, en los que el Estado y la Iglesia tomaron el control de la reproducción femenina con el único fin de incrementar la población y con ello los trabajadores y la fuerza militar. Sin embargo, las verdaderas causas de la mortandad infantil eran la pobreza y la desnutrición que se vivían en la época debido a los cambios políticos y económicos.

A partir de esto, la brujería y la magia negra se declararon un crimen y condenados con la pena de muerte. Bajo la mirada del Estado, estas mujeres eran una amenaza política y sexual

que debía ser erradicada bajo las cámaras de tortura y la hoguera, pero lo que parecía una caza de brujas era en realidad una persecución dirigida hacia las mujeres para quebrantar sus derechos y someterlas, en especial a las comadronas, quienes bajo denuncias supersticiosas eran acusadas de infanticidios, de causar impotencia y de copular con el diablo. No obstante, los verdaderos crímenes de estas mujeres eran sus conocimientos de medicina tradicional y las prácticas médicas que ejercían. La caza de las brujas ocurrida en Europa y Norteamérica desencadenó una serie de dictámenes que resultaron en el sometimiento completo de la mujer y su cuerpo. Las mujeres fueron obligadas a registrar sus embarazos y eran sentenciadas a muerte aquellas que perdieran el producto. También se promovió un sistema de espionaje que monitoreaba a las madres gestantes y su sexualidad. La colaboración ciudadana fue una pieza clave durante este periodo, vecinos y parientes debían denunciar cualquier tipo de delito cometido por las mujeres. Los resultados de esta cacería fue la expulsión de las comadronas de la profesión médica. Los crímenes de los que se les acusaron y las persecuciones a las que fueron sometidas, fueron estrategias para eliminarlas del ámbito médico y facilitar la entrada de los hombres a los servicios ginecológicos. El Estado erradicó a curanderas, matronas, parteras y sanadoras y validó el trabajo de los médicos varones, “la caza de brujas allanó el camino a la profesión médica, que se erigió sobre la destrucción de las redes de apoyo con las que contaban las mujeres, dejándolas en una situación de vulnerabilidad y dependencia respecto a la profesión emergente” (Federeci 67-68). La profesión médica fue reconocida por el Estado y la Iglesia obligó a las comadronas a registrarse y a ejercer bajo la supervisión masculina. Las comadronas debían denunciar a las mujeres que atentaran contra la vida del infante si deseaban continuar ejerciendo.

Considero relevante mencionar la situación de las mujeres blancas y las esclavas durante la colonización ocurrida en Norteamérica y Europa. Su maternidad y la concepción compartían

ciertas similitudes, “el destino de las mujeres europeas, en el periodo de acumulación primitiva, fue similar al de las esclavas en las plantaciones coloniales americanas que... fueron forzadas por sus amos a convertirse en criadoras de nuevos trabajadores” (Federeci 140). A pesar de que las mujeres blancas no experimentaban el maltrato físico y las violaciones su deber era el de reproducirse. Las esclavizadas no sólo eran tratadas como máquinas reproductoras, sino que también sufrían cuando sus hijos eran arrancados de sus brazos para ser vendidos -una realidad más cruda de la acumulación capitalista. En el siglo XVIII, cuando se abolió el comercio de los esclavos, los terratenientes utilizaron el control natal obligando a sus esclavas a reproducirse para incrementar la mano de obra. En México y Perú, la disminución de la población dio origen a una jerarquía de géneros que erradicó la autonomía de las mujeres indígenas con el fin de domesticarlas. Al igual que las campesinas europeas, las mujeres debían ayudar a sus maridos en el campo y ocuparse de las labores domésticas. Otro de los eventos que vale la pena mencionar es el de la subversión femenina que surgió en Europa y América durante la época. Estas revueltas fueron lideradas por mujeres del proletariado que buscaban proteger a sus hijos. Incluso después de que sus esposos fueran encarcelados o asesinados las mujeres persistían con sus ataques. Muchas de ellas fueron acusadas de brujería para acabar con la amenaza pública que representaban. Algo similar sucedió en Perú cuando las mujeres rechazaron las enseñanzas católicas para conservar sus costumbres o se suicidaban junto con sus hijos para evitar el sufrimiento; y en México fueron las sacerdotisas las que defendieron a sus comunidades de la tiranía de los colonizadores.

La caza de las brujas, o de las mujeres, culminó cuando se logró someter a la mujer por completo y la profesión médica masculina fue consolidada. Durante este periodo, se exhibió a una mujer salvaje y rebelde, pero a finales del siglo XVIII este papel se revirtió dando paso a una

mujer más obediente y con un instinto maternal propio. La domesticación de la mujer fue posible debido al largo proceso de degradación y disciplina a la que fue sometida durante los siglos XVI y XVII, en donde perdieron su autonomía y sus derechos en todos los ámbitos de la vida social. El siglo XVIII culminó con el fin del antiguo régimen dando paso a la secularización y la revolución industrial. Durante el siglo XIX y parte del XX, la maternidad adquirió una nueva definición. El Siglo de las Luces trajo consigo a una nueva madre valorada por su don de procreación y crianza. Se erradicó la lactancia mercenaria hasta desaparecer en el siglo XX y, “ser madre se convirtió en el eje central de la identidad femenina, al margen del origen o la clase social” (Vivas 68). Con la entrada del capitalismo surgió una nueva organización familiar que giraba en torno a la maternidad. Las mujeres burguesas y de clase media fueron las primeras en adoptar este modelo de mujer-madre. Por el contrario, a las mujeres del proletariado les fue imposible encajar en este modelo debido a su situación económica. La entrada de las mujeres a las fábricas y los talleres, durante la industrialización, dieron paso a una madre cansada a la que le era imposible ejercer la crianza.

En las familias del proletariado, los niños eran vistos como una plusvalía, como un miembro más y no como un ser frágil necesitado de cuidados y amor. Al igual que los padres, los niños debían trabajar para contribuir a la economía familiar, el castigo físico era aceptado y su cuidado muchas veces relegado a terceros. Sin embargo, durante este periodo también surgieron nuevos cambios en cuanto a la percepción del cuidado infantil. Los expertos ofrecieron nuevos planteamientos acerca de la crianza de los niños que requería de una educación femenina, “las mujeres, que son vistas como incompetentes para el cuidado de los niños, indulgentes, irracionales y emotivas deben ser formadas para la crianza” (Molina 97). El cuidado infantil se transformó en una nueva ideología y los nuevos argumentos científicos buscaban convencer a la

mujer de que la maternidad debía ser su prioridad. Bajo la teoría del apego y el trabajo de John Bowlby⁵, sobre la tendencia innata de los niños hacia su cuidador, se establecieron criterios de “buena” y “mala” madre, ya que se enfatizaba que el buen desarrollo de los hijos dependía de los cuidados que se le proporcionaran; un buen cuidado un desarrollo positivo, un mal cuidado un desarrollo negativo. Otra de las aportaciones a esta nueva ideología es la de Jean-Jacques Rousseau⁶, un teórico y filósofo de la crianza natural y las etapas del crecimiento de los infantes, que, “señala a la maternidad como un objetivo central en la vida de las mujeres, apoyando teorías biológicas de la maternidad como instintiva” (Molina 97). Rousseau presenta a un nuevo niño que necesita cuidados y amor. Un trabajo que sólo la madre puede ejercer y que plasma en su libro el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1754) distinguiendo el rol de la mujer y el hombre dentro de la sociedad.

El resultado de estas nuevas propuestas desencadenó las luchas feministas que, “desde finales del siglo XIX hasta mitad del siglo XX, fueron las responsables de conseguir importantes avances en prestaciones y subsidios por maternidad y familia en la Europa Occidental” (Vivas 72-73). En Nueva York en la Convención de Seneca se llevó a cabo una de las primeras participaciones de la primera ola feminista a favor de los derechos civiles y sociales de las mujeres en Estados Unidos. En estos debates, la maternidad fue utilizada en la lucha por los derechos políticos de las mujeres, al ser ellas las madres de las futuras generaciones. Sin embargo, fue esta misma propuesta la que se utilizó en su contra para relegarlas al espacio

⁵ Después de la Segunda Guerra Mundial, y el aumento de la orfandad, John Bowlby escribió un folleto acerca de la privatización materna, lo que lo llevó a sus trabajos posteriores: *Apego, Separación y Perdida* escritos entre 1969 a 1982.

⁶ En su libro *Emilio o, de la educación* (1762), dividido en cinco partes, Rousseau señala la forma en que los niños deben ser educados, basándose en el aprendizaje de forma natural y los cuidados que recibe de su tutor. Una teoría que criticaba la costumbre de considerar a los niños como adultos invalidando su niñez.

privado. Mary Wollstonecraft⁷, y Olympe de Gouges⁸ fueron algunas de las feministas que lucharon por el acceso a la educación, el trabajo, el voto y los derechos matrimoniales y de los hijos a favor de las mujeres.

El periodo después de la Segunda Guerra Mundial fue de gran impacto en las mujeres y su maternidad. La entrada masiva de la mujer al ámbito publico para ocuparse de los trabajos que los hombres habían dejado al marcharse a la guerra fue de gran relevancia para su identidad. Sin embargo, en la posguerra las mujeres blancas optaron por regresar al espacio privado del hogar a pesar de tener acceso al voto, a la educación y el empleo obtenidos por las feministas de la primera ola. Un fenómeno que se vio reflejado en el libro *La mística de la feminidad* (1963) de Betty Friedan, en donde exponía que la realización de la mujer blanca no radicaba en dedicar su vida a la maternidad y al hogar. Situación que ella describía como “el malestar que no tiene nombre” que se dio durante la década de los 50 y principios de los 60, época en la que apareció el concepto de “el ángel del hogar”⁹ y se exaltaba el estereotipo de la ama de casa norteamericana con una familia bonita y perfecta. Esta transición fue promovida por los nuevos electrodomésticos diseñados para el hogar y las revistas como *McCall's* (1950) que distorsionaban la imagen de la mujer debido a que, “los nuevos escritores eran todos varones que habían regresado de la guerra, que habían soñado con su casa y con una acogedora vida hogareña” (Friedan 92). En estas revistas abundaban títulos como “La feminidad empieza en casa”, “Ten criaturas mientras eres joven” o “¿Estas preparando a tu hija para que sea una buena esposa?” De igual forma, en los colegios a los que asistían las mujeres blancas, solo para buscar

⁷ Una escritora y filósofa inglesa que estableciera las bases del feminismo liberar y escribiera *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), en donde debate el lugar de la mujer y su valor.

⁸ Filósofa política francesa que escribiera la *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana* (1791) y por la cual murió guillotizada.

⁹ “El ángel del hogar” es un poema, de la época victoriana, que señala a la mujer como a un ser sensible, compasivo, dulce y dispuesto a ayudar, exaltándola por dichos atributos.

marido, se impartían clases sobre el matrimonio, la familia y otros temas que se consideraban beneficiosos para ellas. El malestar presentado por Friedan expuso la situación en la que se encontraban las mujeres blancas que se sentían agobiadas por ser amas de casa y madres.

Sin embargo, cabe resaltar, que este no fue el caso para las mujeres afroamericanas de la época, quienes debían ocuparse de la crianza de sus hijos y trabajar al tener que contribuir a la economía familiar. Estas mujeres obtenían empleos mal remunerados en los que trabajaban por largas horas. A diferencia de las mujeres blancas, las mujeres afroamericanas contaban con comunidades de apoyo conformadas por vecinos y parientes que ayudaban con el cuidado y la crianza de los niños. Los verdaderos problemas de estas mujeres radicaban en su entorno diario, en donde debían enfrentar el racismo, la pobreza y el sexismo. Como resultado, estas mujeres formaron parte del movimiento denominado como “afrofeminismo”¹⁰, el cual involucraba más de una causa al tratar de luchar contra la opresión racial y sexista a las que eran sujetas. Las madres afroamericanas desempeñaban una maternidad distinta a la de las madres blancas, al ser ellas un ejemplo de lucha y perseverancia para su comunidad y su familia.

Las luchas feministas han dado paso a nuevas propuestas acerca de la maternidad y la identidad femenina, “los nuevos feminismos han sacado del armario una serie de temas incómodos y la maternidad es uno de ellos” (Vivas 4). En su libro *Nacemos de mujer* (2019) Adrienne Rich menciona que, “la maternidad institucionalizada exige de las mujeres un “instinto” maternal en vez de inteligencia, generosidad en lugar de una realización propia de la personalidad, y la relación con los demás en lugar de la creación del yo.” (89) La identidad de la mujer ha sido destruida y reconstruida una y otra vez por la Iglesia, las instituciones de salud y la ciencia que están bajo el control del sistema patriarcal. La lucha histórica que lleva la mujer a

¹⁰ El feminismo de la mujer negra, un movimiento feminista dentro del feminismo, que se especializa en la discriminación que sufrían las mujeres afroamericanas por ser negras y por ser mujeres.

cuesta al ser desvalorizada y sometida por defender sus valores y derechos han desencadenado los hitos de las interpretaciones que se le han dado al modelo mujer-madre que al parecer es y continúa siendo un tema controversial. Por lo tanto, esta revisión histórica es la suma de un corpus existente que evidencia los roles de género y las prácticas que se han originado de la historia y que se muestran en las obras de *La mística de la feminidad* (1963) de Betty Friedman, *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria* (2010) de Silvia Federici, *Mythological Constructs of Mexican Fertility* (2015) de Pilar Melero, *Mama desobediente. Una mirada feminista a la maternidad*. (2019) de Esther Vivas y *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución* (2019) de Adrienne Rich, las cuales serán relevantes para este análisis.

CAPÍTULO II

LAS MADRES DE NETTEL

La maternidad es un tema que ha ido en apogeo dentro de la comunidad femenina. Los nuevos estudios feministas y el acceso a las plataformas sociales han dado paso a nuevas perspectivas acerca del rol de la mujer en la sociedad. En la última década el tema se ha comenzado a visualizar y se ha comenzado a desarrollar un corpus literario sustancial. La literatura femenina ofrece otra mirada más acerca de este tema tan debatido, ya que puede provenir de un *memoir* o de una ficción histórica como es el caso de *La hija única* (2020). Esther Vivas menciona que, “La literatura de la maternidad parte a menudo de la propia experiencia, de una maternidad reciente, vivida en positivo o no, de la dificultad para lograr el embarazo, del arrepentimiento de la condición materna, de un parto traumático” (6). La experiencia es uno de los elementos más destacados de esta novela debido a su conexión con la realidad. El punto de partida de la trama de Nettel proviene del testimonio personal de su amiga, quien dio a luz a una niña discapacitada y se sintiera excluida de todos los ámbitos públicos. En diversas entrevistas la misma escritora ha señalado el gran aporte de su amiga Amelia Hinojosa, a quien dedica su obra.

La novela, sin victimismo ni tabúes, con culpas y dudas, retrata los prejuicios de la sociedad en contra de la concepción de las mujeres, juzgando y estigmatizando a aquellas que han decidido no ejercer la maternidad y las que no lo hacen conforme al esquema establecido. Nettel reúne a tres mujeres con tres contextos y posturas diferentes de afrontar la maternidad: Laura la narradora, Alina la madre de Inés y Doris la madre de Nicolás. Las historias de estas tres mujeres muestran las distintas formas de enfrentar el estigma, la violencia, y el arrepentimiento. En una entrevista con *El País*, Nettel señala: “Estaba tan harta de la tradicional

maternidad del mundo feliz, de la máxima plenitud femenina, de ese ser madre para ser completa que quería mostrar eso de lo que no se habla tanto, lo que incomoda y la gente no quiere escuchar pero es la verdad” (Morán 2020). La novela transcurre a lo largo de la ciudad de México, a través de visitas médicas, en diferentes colonias como la villa miseria¹¹, la colonia Navarrete, la colonia Juárez y la colonia Santa Fe. Además de mencionar el bosque de Chapultepec y otros lugares. Laura, una mujer que ha rechazado la maternidad, narra la experiencia de su amiga Alina y su hija Inés, quien moriría al nacer, pero no lo hace causando un desequilibrio emocional en su vida y matrimonio. Paralela a esta historia, se narra la vida de Doris, la vecina de Laura, quien vive en un campo de batalla con su hijo Nicolás y recibe la ayuda de Laura para enmendar su camino y liberar a su hijo. Dentro de este escenario, Laura, Alina y Doris enfrentan los problemas que conlleva la maternidad brindándose ayuda mutua y descubriendo nuevas formas de experimentarla y vivirla.

La novela inicia con Laura, una mujer de 33 años, con una buena estabilidad económica, que ha viajado y se ha educado al mencionar su tesis de posgrado en contadas ocasiones. Es a través de ella que Nettel reflexiona acerca de la decisión de ser o no ser madre en la actualidad y la que muestra el camino que recorren las mujeres que han decidido rechazar la maternidad. El concepto mujer-madre cobra vida en este recorrido, en donde se muestra que la maternidad es una experiencia y no una institución, tal y como lo señala Adrienne Rich. Sin embargo, desde su nacimiento, la mujer está destinada a ser madre que la que no cumple con tal dictamen es relegada al espacio de mujeres anormales e incompletas. “La maternidad se percibe, así como natural para las mujeres, como un deseo inevitable, incuestionable y central en la construcción de una ‘feminidad normal’” (Anzorena & Yáñez 224). El discurso materno se le ha implantado a la

¹¹ La “villa miseria” alude a los barrios pobres de las ciudades, en el libro se menciona la ciudad de México, también conocidos como favelas o chabolas, en donde residen las personas que se encuentran en altas tasas de pobreza.

mujer desde su infancia que basta con revisar los comportamientos asignados de acuerdo con el género -desde los juguetes, los colores y los adjetivos diferenciales como fuerte y delicada- que se continúa ejerciendo sobre los niños. A pesar de los avances obtenidos por las luchas feministas sobre los derechos sexuales y reproductivos de la mujer, la identidad propia continúa siendo un desafío para las mujeres que no desean tener hijos. La incansable lucha de las instituciones por preservar la familia hegemónica -madre-padre-hijos- no ha permitido que las mujeres puedan ejercer sus derechos sin dificultades. “A pesar de que el derecho a elegir procrear o no hacerlo se encuentra legislado en la Constitución de los Estados Unidos Mexicanos desde 1974, año en que se reformó el artículo 4º constitucional, a nivel cultural y social las personas (y aún más las mujeres) que eligen no tener hijos siguen estando sujetas a presiones sutiles y en cierta forma agresivas.” (Yanina, “Mujeres frente a los espejos de la maternidad” 111) La no maternidad es un fenómeno que ha ido incrementando en los últimos años, pero que ha sido un tema muy poco visitado. Las mujeres que eligen no ser madres no son reconocidas, ya que no existe una palabra que las defina dentro de la sociedad, es decir, existe una definición para las solteras, lesbianas y divorciadas, pero las mujeres sin hijos no cuentan con una denominación propia. Además, aquellas que no tienen hijos debido a un problema biológico o por alguna otra circunstancia se les clasifica como “infértiles” tratándoseles como a enfermas que necesitan una intervención médica.

Sin embargo, algunos de los estudios más recientes acerca del tema de la no maternidad están basados bajo la denominación de no-madres o las NoMo. En los años 90, en Estados Unidos surgió un movimiento de mujeres que no tenían hijos, identificándose como las NoMo¹².

¹² Abreviatura en inglés de *Not Mothers*. Un término que se inventó en 2011 por Jody Day en su autobiografía “Rockin the Life Unexpected” donde narra su infertilidad y por la que creó una comunidad de apoyo para las mujeres sin hijos.

En México, las mujeres que elegían no ser madres comenzaron a implementar esta definición de “No Madres” para identificarse. La comunidad de las NoMo está conformada por mujeres que enfrentan la infertilidad, pero también por aquellas que no desean tener hijos y no se someten a las demandas sociales. “Nombradas en inglés, como generación NoMo, las “no madres” o “sin hijos por elección”, materializan una de las improntas feministas respecto al derecho sobre el propio cuerpo que se enfrenta al señalamiento social y a la demanda pública de parir” (Romero y Tapia 750). La presión social que enfrentan las NoMo no sólo es ejercida por la pareja, la familia y las amistades, sino también por los profesionales de la salud que las estigmatizan y tratan de controlar su reproducción. Una presión que la misma Laura enfrentó al tener que explicar su decisión de no ser madre a todas sus parejas sentimentales, “para que no [la tacharan] de amargada, o peor aún, de egoísta, como suelen [llamar] a las que hemos decidido escapar al papel histórico de nuestro sexo” (Nettel 18). Las presiones a las que son sometidas las mujeres NoMo son mayormente a través de expresiones ofensivas que cuestionan sus decisiones. Expresiones como “no querer sentar cabeza” mezcladas con suposiciones de lesbianismo o problemas psicológicos que forman parte del discurso, que también se puede ver plasmado en el cine y la televisión, ya que según el dogma colectivo tales mujeres necesitan ayuda para aceptar su maternidad. A esto se le agregan las típicas preguntas de, “¿Para cuándo los hijos?”, “¿Se te está pasando el tren?” o en algunos casos “¿Y tú para cuándo?” siendo esta última un claro ejemplo de que la maternidad no debe cuestionarse. “La no maternidad supone un juicio a priori, debido a que no se cumple la función “natural” de las mujeres” (Romero y Tapia 750). La creencia de que la mujer es inmadura o de que aún no ha encontrado al hombre de su vida infantiliza y desvalora sus decisiones.

Los profesionales de la salud también forman parte de esta construcción que se ha creado en torno al rol mujer-madre. Ahora más que nunca las mujeres están recurriendo a métodos anticonceptivos para evitar un embarazo hasta alcanzar la menopausia, o se someten a procedimientos quirúrgicos, los que Laura señalara como una “vacuna contra la presión social” (Nettel 25), para terminar con su fertilidad. A través de los años, la Iglesia, el Estado y después la ciencia construyeron una serie de mitos y creencias que justificaron el discurso materno. El estudio llevado a cabo por Jessica Hernández González titulado, “La construcción social de la maternidad en México y las mujeres que deciden no procrear” (2020) expone cómo se fue construyendo este discurso. Según Hernández González la medicina, la psicología y la biología, las cuales están avaladas por las instituciones científicas, enseñan que la mujer está diseñada para reproducirse y cumplir con su mandato. La entrada de los hombres al ámbito médico y el poder que se les ha otorgado a lo largo de los años contribuyeron a esta enseñanza. Los médicos han persuadido y cuestionado a las mujeres que deciden no ser madres y en algunas ocasiones han llegado, “incluso a negar el procedimiento [de esterilización] puesto que, bajo el propio juicio del médico o médica, la mujer podía arrepentirse, retractarse y lamentar su decisión” (37). El uso de frases como “si un útero no da hijos, da tumores” o “estás muy joven para decidir” son utilizados como métodos de persuasión por algunos médicos en la actualidad.

Desde la perspectiva psicológica, las mujeres sin hijos son categorizadas como mujeres egoístas e inestables que suprimen sus impulsos “naturales” supliendo su vacío materno con la realización personal. Ambos campos, “la medicina y la psicología también juegan un rol importante al promover el embarazo y la maternidad como curas a trastornos menstruales, la apoplejía, varias formas de cáncer y enfermedades cardíacas” (37). A esto se le suma el discurso biológico que enseña que la mujer cuenta con todo lo necesario para ser madre. Como última

observación, Hernández González menciona al Estado y la religión que continúan influenciando de alguna forma el discurso materno con su lucha por la preservación de la familia hegemónica. “Estas instituciones que crean y respaldan al conocimiento experto, juegan a favor del patriarcado, estableciendo y promoviendo mitos y creencias en torno a ser madre, que son aceptadas por la población debido a que están avaladas científicamente” (40). A pesar de la postura que ya se ha mencionado, aún se espera algo de las mujeres que logran ejercer su derecho a la no maternidad. Una de estas imposiciones consiste en recordarles que, al no ser madres, deben encargarse del cuidado de los padres, ayudar con los sobrinos o con algún pariente que las necesite, debido al don de “maternaje”¹³ que naturalmente poseen. Así, sin importar sus decisiones, los cuerpos de las NoMo son observados, controlados e intervenidos y “empiezan a ser visibles los intereses a los que responde: el sostenimiento de la familia nuclear heteropatriarcal, necesaria para la organización capitalista al garantizar que el costo del trabajo de producción biológica y social sea absorbido por las mujeres y que ese trabajo parezca como no-trabajo” (Yañez 75), ya que son las mujeres las únicas que pueden cumplir con este dictamen.

No obstante, el deseo maternal de la mujer proviene de algo más que su condición femenina. A lo largo de la novela, Laura al ser testigo de los cambios que surgían entre sus amigas acerca de la maternidad, en especial Alina, quien optara por la maternidad a pesar de haberla rechazado por muchos años, se hace una pregunta que aún sigue siendo un debate en la actualidad, “Necesitaba entenderlas, saber si realmente habían elegido ese destino o si, por el contrario, acataban con resignación una exigencia familiar o social. ¿Cuánto tenían que ver sus madres, sus parejas, sus amigas en aquella decisión?” (Nettel 22) El mito del tan llamado “instinto materno” y la “naturaleza femenina” han jugado un papel fundamental en las decisiones

¹³ La función de cuidadoras que se le ha inculcado a las mujeres desde la infancia.

de las mujeres sobre la maternidad. Contrario a lo que se cree, la maternidad es una decisión propia que no proviene de un instinto materno. Si bien es cierto que el cuerpo de la mujer al momento de la concepción, a través de un cambio hormonal, atraviesa una serie de cambios necesarios para los cuidados del infante, su decisión de ser madre no proviene de este cambio. El deseo maternal no es innato en la mujer, ser madre es una decisión que proviene de una reflexión y evaluación que se origina a partir de las vivencias individuales. La maternidad, según Valentina Ramírez-Ramírez es, “una decisión que se construye; no se llega a ella de una vez por todas, sino que se sopesa y se revista en determinado momento” (56). En algunos casos esta decisión se va construyendo poco a poco; puede derivarse de la niñez, de las relaciones interpersonales, de las experiencias ajenas o propias, de ausencias o añoranzas que ofrecen un espacio libre de elección.

Los estudios que se han conducido en torno a este tema concentran su atención en mujeres que han decidido renunciar a ser madre debido a diferentes factores y vivencias. Un ejemplo de esto, son los testimonios documentados por Yanina Ávila González en su artículo “Mujeres frente a los espejos de la maternidad: las que eligen no ser madres” (2005) y María Fernández-Miranda en su libro *No madres* (2017), que muestran que en algunas ocasiones más de una mujer ha crecido deseando ser madre mientras que otras lo han decidido con base en sus experiencias. Estas entrevistas plantean de forma abierta un debate que va en contra del llamado “instinto materno” y el dictamen social que indican que la maternidad es un deseo con el que nace toda mujer. Estos testimonios proveen una mirada más sobre el derecho que tiene la mujer de optar por una vida sin hijos, un derecho que aporta a su bienestar y a una maternidad más real, basada en un deseo genuino y no en una imposición. En su libro, la escritora María Fernández-Miranda menciona jamás haber sentido el tan llamado instinto materno y el disgusto que sentía

hacia los niños. Sin embargo, para no cargar con la pesadez de jamás haber intentado concebir se sometió a una serie de procedimientos de fecundación in vitro que la ayudaron a reflexionar sobre la maternidad y la elección propia. Su estudio incluye a diez mujeres que no vieron la maternidad como parte de su realización femenina y algunas que, como a ella, no les fue posible ser madres a pesar de sus intentos. Soledad Lorenzo, es una de las mujeres entrevistadas por Fernández, quien relata que siempre deseo ser madre. Sin embargo, después de varios intentos, tres o cuatro especialistas y pruebas de fertilidad jamás logró quedar embarazada. Por su mente pasó la posibilidad de la adopción, pero ella, junto a su esposo, decidieron no tener hijos. De su experiencia Soledad, ahora con 79 años, argumenta:

Durante aquella etapa comprobé que un matrimonio es más pareja si no tiene hijos, porque las dos personalidades se juntan, mientras que los niños te crean muchas obligaciones y la mujer es la que normalmente más se vuelca en ellas. Los hijos, a veces, más que unir separan. De la otra forma disfrutas de una total libertad... (Fernández-Miranda 71).

La decisión de Soledad fue el resultado de una experiencia que no provino de su falta de deseo, sino de una imposibilidad que la hizo más libre. Otra de las mujeres entrevistadas fue Almudena Fernández, una modelo de 39 años con una carrera exitosa que dedicaba su vida a su proyecto para niños discapacitados. Almudena señala que la edad no es un factor importante para ella y asegura que los mejores años para ejercer la maternidad es después de los 40. Nacida de una madre que inició su maternidad a una edad muy temprana, Almudena optó por colocar sus sueños y carrera por encima de la maternidad:

Mira, a mi me gustaría probar la maternidad como un proyecto más de vida, pero no siento que sea algo indispensable para sentirme completa. Ser madre es otra cosa más, no es la cosa, no te da un grado más como persona. No creo que tenga más importancia que desarrollar una carrera como modelo... (Fernández-Miranda 114).

Bajo esta creencia, Almudena continuó con su carrera de filántropa sin meditar acerca de su decisión. Los testimonios recopilados en el libro sobre mujeres que no pudieron o decidieron no tener descendencia muestran la otra cara de las NoMo. Del camino que han tenido que recorrer para llegar a su decisión. La misma María Fernández menciona que, “junto a las supermadres, también hay mujeres (cada vez más) que no quieren tener hijos, y hay mujeres que no pueden tener hijos. Yo he pertenecido a ambos bandos.” (7). Las “no madres” de Fernández son un ejemplo de mujeres que han escogido renunciar a la maternidad sin arrepentirse.

Yanina Ávila González, por su parte, ofrece una visión diferente a la de Fernández al entrevistar a mujeres en las que sus decisiones se vieron influenciadas por sus vivencias en torno a la maternidad. En las entrevistas, Ávila recopiló los testimonios de un grupo de mujeres que pertenecían a la clase media ilustrada de la ciudad de México. Mujeres que rechazaron la maternidad al percibirla como una atadura. Una decisión proveniente de una infancia marcada por los roles de género vividos dentro de una familia hegemónica tradicional, en donde sus progenitoras fueron instruidas para ser buenas madres y esposas:

Yo no sé si sea también aprendido de mi madre este rollo de no tener hijos, porque mi mamá fue siempre una persona que de algún modo se lamentó de tenerlos. Como que ha sufrido mucho con sus hijos... Creo que yo no aprendí la maternidad como algo demasiado gozoso... (Camila) (Ávila 115).
Mi madre siempre me dijo que los hijos eran un trabajo del demonio que eran una dificultad, una especie de pérdida de la libertad (Julieta) (Ávila 115).

La falta de amor maternal y el hastío de las madres de Camila y Julieta instigaron en ellas un sentimiento negativo hacia la maternidad. Otro de los factores que marcaron las decisiones de algunas de estas mujeres fueron un divorcio, una depresión o una enfermedad en la madre que las obligó a ejercer la maternidad de forma muy temprana y cuidar de sus hermanos pequeños. Una tarea que las privó de su infancia y las forzó a crecer a destiempo. Esta experiencia las llevó

a rechazar la maternidad y a deslindarse de todo tipo de responsabilidad que este ejercicio conlleva:

Mis padres se separaron cuando yo tenía 11 años. Yo me quedé a cargo de mi hermano tres años menor que yo y de las dos niñas más chavitas. Siento que viví forzosamente una maternidad muy temprana. Viví cosas riquísimas... pero hubo experiencias terribles, muy angustiosas por mis hermanos que hicieron que yo me quedara con una sensación de que tener hijos es algo muy cabrón, algo que te consume, algo que te atrapa completamente. (Marta) (Ávila 116).

La experiencia de Marta provocó un sentimiento de desencanto y rechazo ante las demandas de la maternidad. Yanina Ávila González señala que, “una influencia que marcó el no deseo de ser madres fueron las vivencias experimentadas en la historia personal de sus propias constelaciones familiares, principalmente en la relación sostenida con sus madres o sus familiares femeninos más cercanos” (115). Algo que Nettel retrata en la relación de Laura con su madre dentro de la narración. Laura mantiene una relación difícil con su madre, quien cuestiona su decisión de no tener hijos al no poder culminar su realización femenina con la llegada de los nietos. Ambas se buscan y se ignoran, se acompañan y se critican, pero terminan encontrándose en el colectivo feminista “La Colmena”, en donde logran alcanzar un terreno neutral sellado por las palabras de la madre, “...después de todo, tuviste razón en no tener hijos” (Nettel 209). La presión de la madre de Laura provenía de su maternidad impuesta y la decisión de Laura, de ser testigo del cansancio, la soledad y el desamparo que vivió su madre.

Los testimonios recaudados por María Fernández-Miranda y Yanina Ávila González no son un rechazo directo a la maternidad, sino una defensa por los derechos y la libertad de las mujeres para elegir su destino. El estudio creciente de las NoMo deja sobre la mesa que la maternidad no es puramente biológica y mucho menos proviene de un instinto innato, sino que está influenciada por elementos culturales y experiencias personales que llevan a que cada vez más mujeres cuestionen la maternidad. Con esto en mente, se entiende que el “instinto materno”

es una expresión con una fuerte influencia social que domina a la mujer y que, “se le anticipa y pre-existe a la biología, creando un nuevo tipo de vínculo y un nuevo mito: la creencia de que toda mujer no sólo es madre en potencia, sino que es madre en deseo y necesidad. No existe el instinto maternal, la maternidad es una función que puede o no desarrollar la mujer” (Saletti 173). No es una dádiva con la que viene equipada toda mujer, sino un proceso de aprendizaje y adaptación que surge de las experiencias que van más allá de una imposición inmutable e histórica.

Sin embargo, la mayoría de las mujeres que han elegido ser madres no se escapan de la presión y la violencia que se continúa ejerciendo sobre sus cuerpos y sus decisiones. Nettel, a través de la historia de Alina, recupera las voces de las mujeres que han sido víctimas de violencia obstétrica y se han silenciado por temor a la crítica y el miedo. Alina es una mujer de 36 años, quien se somete a un largo proceso de reproducción asistida hasta lograr un embarazo y dar a luz a su hija Inés, un suceso que marca su vida y que se desenvuelve a la largo de la novela. El embarazo marca el inicio de la atención médica que recibirá toda mujer para asegurar el nacimiento y bienestar de su hijo. Una vez confirmada la concepción, comienzan las visitas al ginecólogo, los análisis, los ultrasonidos y la interacción de la madre con los profesionales de la salud. Sin embargo, la violencia obstétrica no logra percibirse de forma directa debido a la normalización que han adquirido los procedimientos médicos a través de los años. La Violencia Obstétrica apareció en el ámbito legal en Venezuela en el 2007 dentro de “La ley orgánica sobre el derecho de las mujeres a una vida libre de violencia.” A partir de esto, otros países como Argentina (2009), y algunos estados de México como, Durango (2007), Veracruz (2008), Guanajuato (2010) y Chiapas (2012) se unieron y cambiaron parte de sus legislaciones para adoptar este término; y en abril del 2014 México se unió también a las modificaciones. De

acuerdo con la “Ley orgánica sobre el derecho de las mujeres a una vida libre de violencia (2007)” la violencia obstétrica se define como, “la apropiación del cuerpo y procesos reproductivos de las mujeres por personal de salud, que se expresa en un trato deshumanizador, en un abuso de medicalización y patologización de los procesos naturales, trayendo consigo pérdida de autonomía y capacidad de decidir libremente sobre sus cuerpos y sexualidad, impactando negativamente en la calidad de vida de las mujeres” (30). Una violencia de género que transcurre dentro de la atención que se da durante el embarazo, el parto y el puerperio y que es efectuada por parte del personal de salud y administrativo. De acuerdo con la INEGI:

El 33.41 por ciento de las personas de 15 y 49 años que tuvieron un hijo o hija entre el 2011 y 2016 en México sufrió algún tipo de violencia por parte del personal de salud, según los resultados de la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares 2016 (ENDIREH-2016) del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), la medición más reciente sobre este tema. (Contreras, et al. 2021).

Un porcentaje que muestra el incremento de violencia hacia las mujeres sin importar la edad, la etnia o las condiciones socioeconómicas dejando una huella casi imperceptible en su salud y la de sus hijos. Los procedimientos y las consecuencias que está violencia contraen, ofrecen una mayor comprensión acerca de esta práctica que se continúa ejerciendo en los hospitales a nivel mundial. El embarazo es un proceso natural que experimenta toda mujer. Sin embargo, al trasladarlo a las instalaciones médicas la concepción, junto con todos sus componentes, se transforma en un proceso patológico¹⁴ y medicalizado¹⁵. Es aquí donde inicia el debate social que antepone el “parto medicalizado”, que se desarrolla de acuerdo con las intervenciones que el médico considere necesarias, por encima del “parto respetado”, que se concentra en las necesidades de la madre permitiéndole el control sobre su cuerpo y su parto sin ninguna

¹⁴ Acción de tratar el parto como una enfermedad.

¹⁵ Un parto medicalizado es el que a pesar de iniciarse de forma natural es asistido mediante intervenciones médicas como la aplicación de oxitocina, episiotomías y otras prácticas diseñadas para reducir su duración.

intervención, sólo la estrictamente necesaria. La entrada de los hombres al ámbito médico durante la Edad Media trajo consigo una serie de cambios en el que la mujer paso del protagonismo a la subordinación, “el control que los médicos consiguieron en el campo de la medicina en general, y el campo de la obstetricia en particular, ha tenido consecuencias de gran alcance en las condiciones en las que actualmente la mayoría de las mujeres dan a luz” (Bellón 101). El estatus de paciente que se le da a la mujer embarazada, asistiendo el parto como una enfermedad y no como un proceso natural, produce una serie de intervenciones que desencadenan muchas más.

Por ejemplo, la madre es inducida al llegar a la sala de partos a pesar de no estar lista para dar a luz, esto le produce unas contracciones muy fuertes que requieren de la pronta administración de la epidural¹⁶, acción que dificulta el parto, ya que la mujer pierde toda sensación, lo que termina, en algunas ocasiones, con una cesárea innecesaria. La patologización del parto conduce a un nacimiento a destiempo y sobre-medicalizado que deja a la mujer en un estado de vulnerabilidad y confusión. El término “paciente” y la celebre frase de “aliviar” conllevan a que todas las mujeres sean asistidas de la misma forma en los centros de salud. Una práctica que se ejerce bajo el supuesto “bienestar del bebé” y la autoridad que se les ha adjudicado a los médicos al ser ellos los poseedores del conocimiento absoluto. La maternidad al ser un proceso de alto valor económico convierte a, “la mujer embarazada [en] el móvil en quien incidir, modificar o proteger. Como portadora de un bien, deberá atenerse a las normas y observar los tabúes sociales previstos y será, en gran medida, la responsable del bienestar y salud del producto de su gestación” (Montes 36). Así, los protocolos hospitalarios, en coordinación con los médicos, proveen los modelos de los procedimientos rutinarios, de donde se origina la

¹⁶ Una inyección de medicamentos anestésicos aplicada en la médula espinal que reduce el dolor de las contracciones durante el parto.

violencia obstétrica física y psicológica que experimentan las mujeres para salvaguardar la vida de sus hijos.

La violencia obstétrica física está conformada por una serie de intervenciones rutinarias, y en muchas ocasiones innecesarias, durante el parto vaginal o una cesárea. De las cuales mencionare, las más comunes y pertinentes para mi análisis. El parto es un evento que experimenta toda mujer de forma diferente y que es intervenido de forma imperceptible de principio a fin. La cateterización intravenosa es una de las primeras técnicas que se efectúa en la mujer durante su entrada a la sala de partos, la cual brinda acceso al sistema intravenoso de la paciente para la administración de fármacos. A medida que el parto avanza se realizan una serie de tactos vaginales, en donde se introducen los dedos índices dentro de la vagina para palpar el cuello uterino con el único fin de registrar continuamente el proceso de dilatación. Este procedimiento no es necesario en los partos que transcurren de forma natural, ya que es la parturienta quien debe conducir el parto de acuerdo con la función natural de su cuerpo. Sin embargo, la dilatación tardía y las decisiones que tomará el obstetra, con base en esto, conducirán el parto hacia una serie de intervenciones aún más dolorosas y contraproducentes para la mujer. Una de estas intervenciones es la administración de oxitocina. Un medicamento diseñado para acelerar o inducir el parto de forma artificial incrementando las contracciones cuando el cuerpo de la mujer aún no esta preparado.

Un punto de partida para una serie de intervenciones que surgirán después, como la pronta aplicación de la epidural -cuyo uso es recomendado de forma tardía para permitir que los empujes espontáneos de la mujer dirijan el parto- que ocasiona que la mujer pierda toda sensación y el control sobre su cuerpo dependiendo exclusivamente de las máquinas y las

indicaciones del médico. A esto se le agrega la episiotomía¹⁷ y la litotomía¹⁸ la cual obliga a la mujer a adoptar una posición que facilite el parto para el médico y no para la parturienta. Una postura que se substituyó por la de permanecer sentada o en cuclillas que favorecía el descenso del feto y que practicaban las parteras durante la Edad Media. Una de las técnicas de mayor dolor e impacto entre las parturientas es la maniobra de Kristeller, que se utiliza cuando el bebé no desciende rápidamente y consiste en, “apretar durante el expulsivo fuertemente en el abdomen de la parturienta, ejerciendo así opresión sobre el fondo uterino para aumentar la presión abdominal y ayudar al bebé a bajar, está hoy en día desaconsejada” (García 216). Como resultado, los bebés pueden nacer con fractura de hombros o clavícula y otras condiciones, mientras que las madres pueden sufrir un desprendimiento de placenta, un desgarro, una hemorragia entre otros padecimientos.

La amniotomía es otra de las intervenciones que inducen el parto de forma artificial y rápida. La ruptura de las membranas amnióticas o comúnmente conocida como “la bolsa amniótica” produce efectos negativos y complicaciones en la frecuencia cardiaca del feto aumentando el riesgo de una cesárea. Eva Margarita García señala que, “una cesárea es una incisión quirúrgica en el abdomen y el útero para extraer al bebé. Se cortan cinco capas diferentes de tejido, por lo que es considerada una operación de cirugía mayor” (222). Por lo tanto, se recomienda realizar esta cirugía sólo en casos especiales como placenta previa, prolapso de cordón, posición transversa del feto, desprendimiento de placenta, etc. Sin embargo, la práctica excesiva de cesáreas ha ido incrementando en los últimos años entre las mujeres al ser

¹⁷ Un corte en el periné para evitar supuestos desgarros, pero en el que se tiende a cortar de más causando una recuperación lenta y dolorosa llegando a producir incontinencia urinaria, dolor al sentarse y dolor durante las relaciones sexuales.

¹⁸ Acostada sobre la espalda con las piernas elevadas exponiendo la zona perineal, la cual dificulta la salida del feto e incrementa el dolor.

adoctrinadas acerca de su efectividad además de ser rápidas, sin complicaciones y sin dolor. Una práctica que:

La Organización Mundial de la Salud (OMS) recomienda que la tasa de cesáreas oscile entre el 10 por ciento y el 15 por ciento del total de nacimientos y que las episiotomías no sean procedimientos de rutina. No obstante, en 2020 más del 50 por ciento de los nacimientos en México fueron cesáreas, según datos preliminares del Subsistema de Información sobre Nacimientos (SINAC) de la Secretaría de Salud. La proporción de esta intervención en el país superó a la de partos vaginales el año pasado, y fue muy superior al límite de 15 por ciento establecido por la OMS (Contreras, et al. 2021).

El crecimiento acelerado de las cesáreas coloca a la mujer en un espacio de vulnerabilidad y violencia dentro de las salas de parto. En las madres primerizas el temor al dolor y el miedo a lo desconocido las lleva a elegir una cesárea, la cual los doctores programan en días laborales para evitar que los nacimientos ocurran durante el fin de semana o en día festivo. Como fue el caso de Alina, el personaje de Nettel, a quien su médico le aconsejó una cesárea y no sucedió debido a un desprendimiento de placenta que la obligó a parir antes de tiempo. No obstante, Alina no fue asistida de forma inmediata a pesar de su condición, ya que debía cubrir los costos antes de ser asistida, “si no dejaba un *voucher* abierto no podían atenderlos. La medicina privada tiene sus prioridades. Cuando por fin avisaron que era posible seguir adelante, las cosas se aceleraron” (Nettel 95). Una cesárea programada ha comprobado ser la más fácil y rápida para los médicos, en especial en los centros privados de salud donde, “se ha observado mayor probabilidad de cesáreas cuando los médicos cobran por acto que cuando cobran un salario fijo...” (García 222). Algunas de las intervenciones ya mencionadas están diseñadas para situaciones específicas que no se consideran violencia en sí, pero el verdadero problema surge cuando se aplican de forma rutinaria en la mayoría de las mujeres afectando su integridad física.

De la violencia física surge la violencia psicológica que persiste en la mujer aún después de haber dado a luz. Esta violencia psicológica se manifiesta con, “el uso de lenguaje ofensivo,

humillante o sarcástico, falta de información oportuna sobre el proceso reproductivo y un trato deshumanizado o conductas discriminatorias” (Contreras, et al. 2021). En muchas ocasiones esta violencia surge durante las visitas prenatales, las cuales las mujeres aprovechan para hacer preguntas sobre sus miedos, dudas y procedimientos y éstas son minimizadas o ignoradas por los obstetras. Respecto a la violencia verbal, los comentarios acusatorios e irrespetuosos que se hacen durante el parto como “si te gustó lo dulce, aguántate lo amargo” o la amenaza de no atenderlas en caso de no tranquilizarse son efectuados en la mujer cuando está sufriendo un dolor indescriptible. La continua amenaza de poner en riesgo al feto, por parte del personal médico, obliga a las mujeres a adoptar un comportamiento sumiso y a seguir las órdenes sin cuestionar. Otro de los efectos de la violencia obstétrica psicológica son los sentimientos negativos que experimentan las mujeres durante y después del parto como: la soledad, la confusión, el dolor y el miedo y que van acompañados de la sensación de una falta de intimidad y sosiego. Una situación que la misma Alina experimentó después de su cesárea:

Su cuerpo era esa masa manipulada y cosida que apenas podía sentir y de la que habían extraído algo precioso. Ahora que estaba vacío, les importaba tan poco como el material sucio y las gasas sanguinolentas que habían dejado en el carrito, cosas de las que había que ocuparse, limpiar, ordenar, pero no eran prioritarias. Los pocos que se quedaron dentro se pusieron a hablar de la pelea de box de la noche anterior, que por lo visto había sido inolvidable (Nettel 97).

La falta de tacto por parte de los miembros del servicio hospitalario y el estar alejada de su hija Inés, afectaron la salud emocional de Alina. Estos sentimientos continúan durante el posparto y la estancia hospitalaria, en donde incluso se les dificulta a las madres establecer un vínculo con el recién nacido, por medio de la lactancia y el contacto piel a piel, al no encontrar la tranquilidad e intimidad necesarias, ya que se ven interrumpidas continuamente por el personal de salud que entra y sale de la habitación para intervenir en el cuidado del infante. Así, “las cesáreas y los partos instrumentalizados dejan secuelas físicas y psicológicas perdurables, de distinta gravedad

en las madres, como depresión y SEPT (*Síndrome de Estrés Postraumático*) posparto que puede afectar las relaciones sexuales y reducir su fertilidad” (García 189). A pesar de esto, las denuncias en contra de estas prácticas son casi nulas o inexistentes. La violencia obstétrica no logra percibirse de forma rápida debido a la normalización que ha adquirido, al grado de que no son vistas como violencia ni por parte del personal de salud que las ejerce, ni por las madres que creen que todo ha valido la pena por el bienestar de sus hijos. No obstante, las denuncias que sí llegan a hacerse no proceden, pues las demandas se realizan en el mismo hospital en donde ocurrió el incidente y no cuenta con un seguimiento para dicha queja. Además, la falta de testigos facilita esta negligencia, ya que existe una complicidad entre el personal de servicio que refuta cualquier tipo de insubordinación de los pacientes.

Como resultado, “la mayor parte de las mujeres que desean ser madres, para lograrlo deberán enfrentarse a una situación en extremo problemática: que para tener acceso a esa maternidad deberán de sufrir un sinnúmero de violencias y vejaciones, ante las cuales no tienen ningún tipo de protección” (Orozco y Rocha 4). Las bases sobre las cuales se ha fundado la medicina, en donde existe una jerarquía de sexos y el obstetra ocupa un lugar primordial y legitimado por la sociedad, han dado paso a la violencia obstétrica que difícilmente logra ser reconocida. Sin embargo, vale la pena mencionar que, “la atención de parto, que hoy se ha vuelto hegemónico, requirió de un violento proceso por medio del cual se quitó a las parteras y curanderas tradicionales la autoridad para atender partos y su saber milenario sobre el cuerpo de las mujeres fue descalificado por la medicina” (Orozco y Rocha 16). Por lo tanto, la atención al parto es un recuento de cómo los hombres sometieron a las mujeres, y continúan sometiéndolas, tomando el control sobre sus cuerpos y su reproducción.

Con esto en mente, es posible ver cómo la formación médica, y con ella la violencia obstétrica, está influenciada por prejuicios sexistas y misóginos que continúan propagando el discurso acerca del deber de la reproducción. Las mujeres han comenzado a hablar sobre este tema, aunque en el anonimato al sentirse silenciadas por el supuesto agradecimiento que deben sentir por la atención que de alguna forma les brindó el personal de salud. Nettel, a través de su personaje, muestra cómo es necesario revisar este problema para llegar a una solución sin erradicar por completo las prácticas de la profesión médica, ya que su utilidad es imprescindible para la sociedad. Tampoco se pretende que saquen los partos de los hospitales regresando al pasado pues no se pueden negar los avances en el cuidado maternal e infantil en la actualidad y menos al tratarse de un producto que se anticipa padece una discapacidad. De lo que se trata, es de visibilizar y reconocer que las prácticas por parte de los profesionales de salud y los hospitales tiene graves consecuencias en la integridad física y emocional de las mujeres. “Se trata de analizar la medicina no como ciencia pura, sino como parte de un sistema histórico que la vincula a la economía, al poder y a la sociedad, todo ello con el fin de ver en qué medida se puede reconstruir o modificar el modelo médico” (Fernández 198). Se trata de cuestionar los métodos, de reconocer cómo el pasado ha dejado un peso sobre los hombros de las mujeres, y de fomentar un nuevo modelo de atención hacia la mujer embarazada tratándola como a un individuo con derechos, como a la protagonista de su parto, y no como a una maquina reproductora.

Dentro del recorrido que atraviesan la mayoría de las mujeres -desde la decisión, el embarazo, el parto y el puerperio- la crianza es uno de los elementos de los que dependerá el éxito de su realización femenina. Doris, la tercera línea argumental de las madres de Nettel, es una joven madre, quien junto a su hijo Nicolás retrata los conflictos maternofiliales y el

arrepentimiento materno que aún se considera un tabú en la actualidad. A pesar de que cada vez más mujeres destapan las incomodidades y las realidades del ejercicio de la crianza este comportamiento aún no ha sido aceptado completamente por la sociedad. Sin embargo, para entender los modelos que existen sobre el ejercicio de la crianza, es necesario examinar el conjunto de cualidades que se le han atribuido a la mujer con base en las creencias colectivas que se han enseñado y aceptado a lo largo de los años. Es decir, la crianza y sus componentes son una construcción social cuya única función es la de evidenciar los estereotipos que se han construido en torno a la definición de “buenas” y “malas” madres que solo sirven para ocultar la realidad que dicho ejercicio contrae:

El proceso de construcción social de la maternidad supone la generación de una serie de mandatos relativos al ejercicio de la maternidad, encarnados en los sujetos y las instituciones y reproducidos en los discursos, las imágenes y las representaciones, produciendo, así, un complejo imaginario maternal basado en una idea esencialista con respecto a la práctica de la maternidad. Como todos los esencialismos, dicho imaginario es transhistórico y transcultural, y se conecta con argumentos biologicistas y mitológicos (Palomar y Suarez 313).

De este proceso se originan los calificativos con los que se diferencian a las madres de acuerdo con su comportamiento, “la convivencia de la madre y el niño terminó siendo el criterio de distinción entre madres buenas y malas” (Martín-García, 3). La maternidad y la crianza atraparon a la mujer en un imaginario materno debido a que la actividad que efectuaba y su individualidad se contraponían creando un distanciamiento entre ella y su hijo. Esta brecha surgió a partir de la ideología materna y los patrones que entrelazaban el valor de la mujer con sus habilidades para la crianza. Un fenómeno que se derivó de la revalorización de la infancia por parte del Estado y las instituciones de salud. La elevada mortandad infantil se convirtió en una amenaza económica al ser el niño el futuro y en el que dependía la continua producción de riquezas para el Estado. Como resultado, “la mortalidad infantil dejará de verse como un mal necesario, y su erradicación

será el centro de interés al que se enfocarán todas las intervenciones de los higienistas que irán dirigidas básicamente a la introducción de cambios en el modo de crianza y alimentación de los niños” (Montes 34). Una de estas intervenciones fue la de mejorar la salud de los niños reconociendo la lactancia como una práctica necesaria para su nutrición. Las nodrizas fueron erradicadas, al mismo tiempo que se promovió retirar a los niños de las áreas laborales, entregándole a las mujeres la responsabilidad de su bienestar. El cuidado infantil produjo nuevas teorías y el “instinto materno” ya no fue suficiente por lo que se elaboró una nueva ideología científica cuyo objetivo fue el de educar a las madres para ejercer la crianza de forma apropiada. “El discurso médico fue un modo de disciplinar la “naturaleza femenina” adecuándola a un papel social redefinido... como contrapartida, se les incitaba a retirarse de otros espacios y se les sometía a una tremenda carga moral, que derivaba en severa culpa si fallaban en la tarea” (Saletti 171). Un discurso que resultó en la reeducación de las mujeres y que dio paso a la creación del supuesto “ángel del hogar.” *La mística de la feminidad*¹⁹ fue uno de los textos que ejemplificó el regreso de las mujeres al ámbito privado, sitio donde se creía se encontraba su felicidad y realización. Un espacio que se le vendió a la mujer a través de los programas televisivos, los comerciales, y “las revistas de decoración o de crianza de los bebés, [que] muestran un mundo mágico e idealizado de fotografías en las que existe un mundo irreal” (Alcalá 73). Un imaginario del que emergió la madre sacrificada y perfecta. La *superwoman* que trabaja, cuida del hogar y no se cansa encarando las adversidades con sacrificio y esmero por amor a sus hijos. Un imaginario maternal plagado de estereotipos que dio paso a la creación de las dos caras -la “buena” madre y la “mala” madre- de un mismo fenómeno.

¹⁹ Para referencia revisar la introducción.

Las prácticas de la crianza apropiada surgen como una respuesta a las demandas efectuadas por la sociedad, el Estado y las instituciones de salubridad que fomentaban el cuidado de los niños, su crecimiento y su integración exitosa a la sociedad. La madre debía comprometerse y efectuar las demandas de una crianza saludable, debía, “ayudar al niño a alcanzar sus objetivos cotidianos... responder continuamente a sus necesidades, jugar con él, tolerar sus represiones, estar a su servicio y no a la inversa, interpretando sus conflictos emocionales y proporcionar los objetos adecuados a sus intereses en evolución” (Bocanegra 8). La labor de toda madre se resumía en ejercer una relación filial perfecta para lograr la aceptación social y la realización femenina. Es de estos mandatos de donde provienen las definiciones que se le dan a las “buenas” y “malas” madres dentro de los márgenes sociales. Las “malas” madres son mujeres, “que no cumplen con las expectativas ideales de ese papel social y que son estigmatizadas, señaladas, penalizadas o diagnosticadas de diversas maneras y formas, dependiendo de la gravedad del incumplimiento” (Palomar, “Malas madres” 17). Son madres “desnaturalizadas” que no aman y cuidan a sus criaturas de acuerdo con las normas establecidas mientras que las “buenas” madres son aquellas que siguen los modelos establecidos de principio a fin y disfrutan de dicho ejercicio. Las “malas” madres son también aquellas que se arrepienten de su maternidad y van en contra de la ideología que se ha implantado, ya que no poseen las cualidades que requiere la crianza.

Pueden demostrar desapego o crear relaciones destructivas hacia sus hijos al sentirse acorraladas por haber sido adoctrinadas y empujadas hacia una situación que no deseaban. Cristina Palomar Vereza señala que, “los discursos “científicos” de la psicología, la psicopatología, la pediatría y otros han colaborado en estas construcciones discursivas. Por ejemplo, al atribuir a las madres las causas de los problemas de la salud mental y física de los

hijos” (“Malas madres” 23-24). Por lo tanto, el imaginario maternal resulta paradójico, ya que por un lado está el “instinto materno” que se predicaba como un don “natural” de crianza que sólo la mujer poseía y por el otro, se crearon una serie de instrucciones científicas y sociales que califican como “malas” madres a las mujeres que no ejercían conforme al modelo establecido. De tal manera que la capacidad de gestar no es compatible con la de la crianza, ni es la maternidad un rol que toda mujer puede ejercer. La crianza no es un ejercicio innato pues puede ser ambivalente, contradictorio o ambiguo, “tanto el amor maternal como el instinto son construcciones sociales elaboradas por la cultura, aprendidas y reproducidas” (Saletti 172) que dejan de lado una parte fundamental en la vida de la mujer, su individualidad e identidad.

La construcción social de la crianza ha producido una serie de dictámenes basados en los roles de géneros preestablecidos que están dirigidos al bienestar infantil. Dentro de estos parámetros, la mujer ha sido minimizada e invalidada como individuo empujándola, “al rol tradicional de lo materno en el que conspiran todos los discursos ya mencionados” (Meruane 121). Su identidad se ve refutada no sólo por el imaginario maternal que se le predica, sino también por su personalidad que está sujeta a los cambios sociales debido a la conexión que siempre tendrá con la sociedad y su cultura. “El ámbito social es, más que un territorio, un espacio simbólico definido por la imaginación y determinante en la construcción de la autoimagen de cada persona; la conciencia está habitada por el discurso social” (Llamas 157). Por ende, las mujeres están sujetas a este imaginario, a esa conducta que se les ha implantado en la mente y que ha sido aceptada por la sociedad y en algunas ocasiones por ellas mismas.

La carga mental que lleva la mujer al ser madre la obliga a vivir con culpas y desapegos, ya que no pueden y no deben deslindarse de sus responsabilidades por miedo a ser señaladas. Es a las madres a quienes se le culpabiliza de todos los males de sus hijos, son ellas las que

frecuentan el psicólogo en busca de ayuda, las que los llevan al colegio, a las actividades escolares, los alimentan y ejercen un sinnúmero de deberes que las llevan a olvidarse de sí mismas. Doris, es descrita por Nettel como una mujer muy joven pero delgada, nerviosa y siempre vestida con ropa deportiva que ocupa sus días trabajando y tratando de lidiar con su hijo. Es sólo durante la noche y, “tal vez sólo a esas horas, cuando sus obligaciones de madre habían terminado [que] podía ser ella misma” (Nettel 89). La frase, “los hijos deben estar con su madre” y el decir que una mujer quiere tener hijos y después de tenerlos desea criarlos y amarlos, es una expresión que engaña. Los hijos no siempre fueron de la madre y esto es ahora una cruda realidad que no se puede concebir ni aceptar por que va, “contra el lugar que los hijos han ido ocupando en nuestro imaginario colectivo desde que se retiraron “oficialmente” de sus puestos de trabajo en la ciudad y en el campo e inauguraron una infancia de siglo XX vestida de inocencia, pero investida de plenos poderes en el espacio doméstico” (Meruane 64). Sin embargo, la madre no es siempre la más adecuada para encargarse del cuidado de un hijo aún cuando se crea lo contrario ya que la crianza, “no se trata de un tipo de influencia que va de adultos a niños, sino que también los niños ejercen influencia sobre la conducta de los adultos, lo que quiere decir que cuentan en cierto grado con la habilidad para reorientar las acciones de estos” (Bocanegra 4). En otras palabras, la conducta de los hijos puede afectar la salud emocional y física de la madre y viceversa. Esto se refleja en la relación de Doris y Nicolás dentro de la narración. Doris, es una mujer que sufría de abuso doméstico en manos de su fallecido esposo. Nicolás al ser testigo de la violencia que se ejercía sobre su madre repitió estos patrones de comportamiento. La agresividad de Nicolás y la falta de empatía por parte de la madre, al ser el hijo el recuerdo del padre, deterioraron su relación, “la apatía con la que se involucraba en las crisis del niño, me dije que muy probablemente se había resignado a vivir así el resto de su vida” (Nettel 32). De acuerdo

con Martha Frías y José Gaxiola, “la victimización en los menores en casa incluye tanto el maltrato recibido directamente como la exposición a la violencia entre sus padres” (237). Sin embargo, la sociedad aún no acepta que una madre abandone a su hijo, aún cuando ella no sea la más adecuada para su cuidado.

No obstante, este no fue el caso de la madre de Nicolás, quien decidió enviar a su hijo a Morelia con su hermana mostrando que el ejercicio de la crianza no siempre le pertenece a la madre y que existen otras formas de afrontar la maternidad. La pronta recuperación de Nicolás, después de estar lejos de Doris, comprobó que alejarse de él fue la mejor opción y, “confirma su hipótesis de que su hijo la detesta y ella es una mala influencia para él” (Nettel 223). El bienestar del hijo y el de la madre deberían ser una prioridad aún cuando la separación sea la única opción. “La estabilidad psíquica de la madre es considerada vital para prevenir una amplia variedad de miedos y ansiedades infantiles” (Saletti 171). La pérdida de la identidad y la crianza forzosa que se ejerce dentro de un ambiente negativo ocasiona en las mujeres un sentimiento ambivalente del que se origina su arrepentimiento materno. No siempre es posible criar a un hijo y cuando lo es, la mujer puede vivir con un sentimiento de arrepentimiento y amargura.

Los estudios que han conducido la socióloga israelí Orna Donath en *Madres arrepentidas* (2016) y la profesora Lina Meruane en *Contra los hijos* (2018) confirman el conflicto que viven las madres que se han arrepentido de su maternidad. Estas autoras visibilizan la lucha interna de las mujeres que perdieron su identidad después de convertirse en madres. La maternidad trae consigo una infinidad de calificativos para las mujeres: protectora, amiga, doctora, confidente, maestra, etc., pero que borran su identidad como mujer. El arrepentimiento materno no es la falta de amor por los hijos *per se*, sino la forma en la que se ha vivido o se vive dicho ejercicio. Orna Donath señala que, “hay madres que tienen sentimientos ambivalentes pero que no se arrepienten

de ser madres, y hay madres que se arrepienten de serlo y no tiene sentimientos encontrados hacia la maternidad” (9). Las circunstancias en las que se originó la maternidad influyen en este sentimiento, la edad, el estado económico, el estado emocional o marital y los elementos que se involucraron en la decisión. En otras palabras, el arrepentimiento materno no es sólo una cuestión de cómo ejercer la maternidad de forma más sencilla y llevadera, sino un sentimiento que se deriva de reconocer que ser madre fue un error y pedir ayuda. Un sentimiento que atormentaba a la misma Doris al mencionar:

Consume toda mi energía. Es como si necesitara succionar mi fuerza vital para poder crecer. Se que lo quiero con el alma, que nada me importa más en el mundo, pero hace días que no logro recordar cómo se siente ese amor. Lo único que siento es hartazgo por su furia y sus constantes groserías. Es horrible, ¿no te parece? Las madres normales no piensan ese tipo de cosas, ¿verdad? (Nettel 45).

El sentimiento ambivalente de Doris hacia su hijo evidencia la necesidad de las madres de evaluar su situación y comprender que dichos sentimientos no provienen de una etiqueta que determina su función como mala o buena. El estudio que llevó a cabo Donath del 2008 al 2013 entrevistando a mujeres de 26 a 73 años de distintas clases sociales y educación revela, “por primera vez a tantas cosas calladas, escuchando a mujeres de distintos colectivos sociales que se arrepiente de haber sido madres; varias de ellas son ya abuelas” (7). Las decisiones que las llevaron hacia la maternidad y su estado emocional después del nacimiento de sus hijos influyeron en el sentimiento ambivalente que las llevó a cuestionar su deseo de ser madres a pesar de haber tenido hijos. Otro de los sentimientos revelados fue el de amar a sus hijos, pero de odiar los cambios que conlleva el ejercicio de la crianza:

Me resultaba duro decir que tener hijos había sido un error..., que la conclusión es que supone una gran carga para mí. Tarde mucho tiempo en poder decir esas palabras. Pensaba, uy, si digo algo así, la gente pensara que estoy loca. Aún hoy... (Sky madre de tres hijos) (Donath 63).

No soporto ser madre. No soporto este papel. [...] puedo decir con certeza que sí, ¿si hubiera sabido hace tres años lo que sé ahora? No tendría hijos. No tendría ni uno” (Jasmine madre de un hijo) (Donath 80-81).

Estos testimonios muestran cómo las mujeres a pesar de amar a sus hijos desearían jamás haberlos traído al mundo. Cada vez más, las madres reafirman la importancia de compartir y ventilar sus experiencias maternas y el arrepentimiento que deriva de este ejercicio, al ser ellas las responsables de la crianza de sus hijos. Un sentimiento que se ha mantenido a puertas cerradas para evitar la crítica y el escarnio de una sociedad que se excusa de la presión que continúa ejerciendo sobre las mujeres para conducir las hacia la maternidad y a la soledad del hogar. La maternidad para las mujeres es, “un ideal viejo el que la acosa, uno que continua entre nosotras: lo venimos arrastrando desde muy atrás” (Meruane 358). Un imaginario colectivo que las mujeres adoptan por temor al fracaso y el rechazo y que es necesario erradicar para rescatar la identidad que se pierde entre los hijos y la crianza. Valentina Ramírez-Ramírez menciona que, “es importante señalar que es perfectamente factible ser madre biológica y negarse a desempeñar roles maternos de cuidado y crianza, ya sea dando en adopción o relegando el maternaje en alguien más; o viceversa, estar dispuesta a realizar todas las tareas del maternaje, sin gestar ni dar a luz” (31). Por ello, si la mujer escoge ejercer la maternidad debe hacerlo a través de una red de ayuda y medidas que preserven su identidad sin exigir una perfección que antepone el bienestar de su hijo por encima del de ella misma. Ante este dilema, “cabe preguntarse si todas las mujeres están predispuestas a ser “buenas madres”, o mejor, si todas ellas poseen las condiciones materiales y emocionales para lograr tal ideal. Lo cierto es que existe una gran cantidad de mujeres que no desean, o no pueden lidiar con tales exigencias, ya que son difíciles y, muchas veces, imposibles de alcanzar” (Leonardo-Loayza 155). Mientras existan madres solitarias, depresivas y con ataques de ira o ansiedad será necesaria una intervención para que puedan

destruir la identidad que se les ha instituido y construir una nueva que les permita ejercer la crianza con total libertad y lejos de las exigencias sociales.

Por consiguiente, las madres de Nettel constituyen una cadena de eventos que en realidad son un uno mismo. Desde la obligación de procrear, junto con sus derivados, hasta ejercerla de la forma en que se ha dictaminado, la maternidad continúa siendo un mandato que coloca a la mujer, aún en el ámbito que debería pertenecerle, al final de la pirámide. Sin embargo, antes de modificar una herencia histórica es necesario revisar el origen y las instituciones de las cuales se originó dicho problema. Shulamith Firestone en su libro *La dialéctica del sexo* (1973) afirma que:

Para asegurar la eliminación de las clases sexuales se necesita una revuelta de la clase inferior (mujeres) y la confiscación del control de la reproducción; es indispensable no sólo la plena restitución a las mujeres de la propiedad sobre sus cuerpos, sino también la confiscación (temporal) por parte de ellas del control de la fertilidad humana -la biología de la nueva población, así como todas las instituciones sociales destinadas al alumbramiento y educación de los hijos (16).

Una subversión femenina que le permita a la mujer evaluar su situación y erradicar los mitos que se han creado acerca de su reproducción e identidad. El punto de encuentro de las madres de la novela se localiza en el elemento simbólico que Nettel, de forma indirecta, incluye a lo largo de la narración. Un nido de palomas y su ciclo de crianza, ligada al ecofeminismo, que revela la postura de la autora acerca de la maternidad y las disidencias que sus protagonistas plantean. El ciclo de las palomas es narrado por Laura, quien en diferentes ocasiones toma una pausa para describir una etapa más de este fenómeno. El cucú es un ave de origen europeo que deposita sus huevos en nidos ajenos. Esta ave utiliza artimañas como imitar el canto del gavián para ahuyentar a las aves adoptivas mientras implanta el huevo, hasta poner un huevo idéntico a los que están en el nido que intenta usurpar. Estas aves cumplen con su reproducción, pero se deslindan de la crianza. En el caso de Laura, el cucú logró allanar el nido de unas palomas que se

alojaban en su balcón, unas aves muy astutas que reconocen que no es su cría pero que cumplen con su rol de crianza. Este comportamiento ha sido definido por los ornitólogos como parasitismo en puesta²⁰. El nido de palomas, que irónicamente también se desarrollaba en la casa de la propia Nettel, simboliza la maternidad que experimentan sus protagonistas y el parasitismo de los hijos funcionando como espejo de los personajes.

Dicho de esta forma, Nettel hace uso de la naturaleza, a través del parasitismo en puesta, para presentar una nueva forma de vivir la maternidad. “El ecofeminismo es la condensación de una constelación de iniciativas promovidas por mujeres en todo el mundo que quiere contribuir a asegurar los fundamentos de la vida y a garantizar que el bienestar sea para todos los seres vivos que formamos parte de este planeta” (Terejo 2). En otras palabras, las mujeres por medio de este movimiento, originado de su condición natural de procreación, están generando nuevas ideas en diferentes ámbitos sociales y políticos. La maternidad, siendo uno de estos movimientos, permite que las mujeres a través de la experiencia que les proporciona su rol como cuidadoras puedan reconocer y crear cambios en su entorno. Una posición que toma Nettel con el parasitismo en puesta y que menciona en una entrevista:

Me gustaba la idea de hablar de esa diversidad en la naturaleza, porque siento que los seres humanos somos muchísimo más limitantes en nuestra manera de concebir el mundo (lo que es posible, lo que no es posible). Mucha gente se ampara justo en los argumentos naturales para validar esa estructura: las hembras cuidan a sus hijos. Pues no, fíjate que no todas las hembras cuidan a sus hijos. Hay hembras que cuidan en grupo a sus hijos, también hay padres... la naturaleza, justamente, al contrario de lo que creen los más conservadores, es un ejemplo de la diversidad, de todo lo que puede caber en el mundo (Abad 2020).

En *La hija única* (2020), la maternidad a pesar de ser narrada desde tres perspectivas diferentes es en realidad una misma, una compartida. Laura menciona, “...a veces los hijos nos llegan sin

²⁰ El parasitismo en puesta o parasitismo de cría es la acción de implantar huevos en los nidos de otras aves, quienes se encargarán de la crianza de los polluelos al nacer.

que lo planeemos... como si alguien depositara un huevo en nuestro nido” (Nettel 204). La sororidad de las protagonistas en la novela supone una manera de compensar el parasitismo de los hijos, el huevo implantado por el patriarcado y por una sociedad llena de prejuicios y dictámenes. Laura rechazó la maternidad, pero cuidó de Doris y Nicolás al mismo tiempo que acompañaba a Alina durante su proceso maternal. Alina, por su parte, logró aceptar su depresión posparto y con la ayuda de Laura, Marlene su niñera y un grupo de Facebook llamado *Lissencepahly Network* encontró la complicidad que tanto necesitaba. Mientras que Doris, con la ayuda de Laura, logró enfrentar su arrepentimiento materno logrando liberar a su hijo. El parasitismo de los hijos, reflejado en el comportamiento negativo del cucú, propone la idea de una maternidad colectiva, de redimir la maternidad de una práctica aislada e impuesta y de reconstruir los modelos establecidos para vivir la maternidad de una forma diferente.

La disidencia de las madres de Nettel muestra que, “No hay un único modelo del ejercicio de la maternidad. La realidad de las experiencias vividas y transmitidas por las mujeres muestran como han elaborado estrategias personales de adaptación para equilibrar los propios deseos o proyectos y necesidades con las exigencias de una tarea maternal que es redefinida” (Montes 70). Con esta cita, se puede llegar a concluir que “la hija única” puede ser Inés, la bebé de Alina, quien la ayudó a reconciliarse con su maternidad y a pedir ayuda; pero también puede ser Doris, quien fue rescatada de su soledad y afrontó sus miedos; o la misma Laura, quien rechazó la maternidad, pero terminó protegiendo y acompañando a Nicolás durante su soledad. Así sin más, “la hija única” de Nettel puede ser cualquier madre en el mundo, quien, a través de su disidencia, cuestione los dictámenes sociales establecidos creando nuevos modelos para ejercer la maternidad.

CAPÍTULO III

EL DISCURSO DE QUINTANA

En su libro *Solas (aún acompañadas)* (2020) María Florencia Freijo menciona, “creo que todas sufrimos distintas caras de una misma moneda” (13). El mosaico maternal se ha convertido en un fenómeno que ya no puede verse desde un solo ángulo ni puede ser definido por una sola mujer. A pesar de las nuevas propuestas que han surgido en torno a este ejercicio, la maternidad continúa siendo un tema controversial que, en más de una ocasión, se puede ver como una especie de antítesis femenina; como un evento del que surgen dos ideas que se contraponen, pero que provienen de un mismo discurso. Dentro de las líneas narrativas de *La perra* (2018) de Pilar Quintana, se encuentra Damaris, el símbolo de una mujer fuerte e independiente, pero también el de una mujer que encarna los deseos de un constructo social impuesto. Una línea que se entreteje con el de las madres de Nettel, pero que muestra la otra cara de la maternidad, la que surge dentro de un contexto de desigualdad social. En una entrevista para *El Heraldo* Quintana menciona, “Reproduzco eso mismo que siempre me ha interesado contar, que es una sociedad llena de desigualdades profundas... Quería contar la historia de una mujer que estuviera cercada, que no tuviera alternativas para tener hijos. Quería que la protagonista, fuese nativa y que no pudiese salir de ahí” (Fuenmayor 2017). Damaris constituye a esa mujer y madre que desmantela la maternidad tradicional, de la que surge una nueva, pero que también está permeada de eventos históricos.

Se pudiera decir que la misma Quintana, de alguna forma, utiliza su propia experiencia al vivir durante nueve años en una casa que construyó en un acantilado en Juanchaco, Colombia. Una experiencia que la hizo sentir la presión de sus habitantes al no querer ser madre ella misma y donde viviera de cerca la desilusión de sus amigas que no podían concebir, entre las cuales una

de ellas, al enterarse del embarazo de Quintana, adoptó a una perra. Así, Damaris la protagonista de Quintana, espeja dicha experiencia. Damaris es una mujer humilde, negra y robusta que pasa su tiempo cuidando de la casa de una familia rica y a la que le desagrada su propio cuerpo al ser incapaz de concebir un hijo. La vida de Damaris no sólo está marcada por su infertilidad, sino por su pasado tomentoso al ser hija de una madre soltera, que la dejó al cuidado de sus tíos para trabajar en Buenaventura, y de un soldado que jamás la reconoció. Antes de cumplir los quince años quedó huérfana debido a una bala perdida que mató a su madre y fue etiquetada por los habitantes de su comunidad como una mujer sin suerte al ser la responsable de la muerte de Nicolásito (un amigo de su infancia que cayera por un acantilado). Damaris vive con culpas y en soledad tratando de demostrar que es buena y su única asociación es con su prima Luzmila, quien critica y juzga sus decisiones. La trama transcurre en la selva del Pacífico colombiano, en un pueblo sin nombre, en donde se refleja la pobreza y la desigualdad en la que viven sus habitantes. “El pueblo de Damaris era una calle de arena apretada con casas de lado y lado. Todas las casas estaban destartadas y se elevaban del suelo sobre estacas de madera, con paredes de tabla y techos negros de moho” (Quintana 11). Un lugar cercano a Buenaventura y que durante otra época fuera utilizado por los blancos de la ciudad para construir sus casas de recreo. Un escenario que ejemplifica la época colonial que se caracterizó por el incremento de habitantes africanos en Colombia.

La llegada de los primeros pobladores africanos derivó de la esclavitud que tomó lugar durante la colonización española. Los africanos provenientes del Congo, Angola, Sierra Leona y otras regiones eran desembarcados en Cartagena de Indias donde después serían trasladados a Popayán para ser vendidos en Buenaventura, el Chocó y otras áreas aledañas. El litoral del Pacífico estaba conformado por la provincia de Popayán con subdivisiones; en el norte el Chocó

y en el sur Buenaventura que llegaba hasta la frontera ecuatoriana. La esclavitud en Colombia se caracterizó por tres eventos; el sometimiento y la reducción de las poblaciones indígenas, el incremento de la población africana para el trabajo minero y los dueños blancos que administraban sus bienes desde Cali o Popayán lejos de la costa. En la región del Pacífico, durante la colonia, “se desarrolló un sistema económico que relacionó la explotación de distritos mineros ubicados en el litoral y las haciendas localizadas en el Gran Cauca, este sistema determinó una profunda transformación de la población que habitaba originariamente la región” (*Centro Nacional de Memoria Histórica* 36-37). Los esclavos exportados fueron forzados a extraer el oro de las minas, lo que los llevó a hacer de la región del Pacífico su hogar creando nuevas prácticas para entender y adaptarse a la selva. No sólo aprendieron la minería, sino que también dominaron la agricultura, la cacería y la pesca en esos lugares selváticos de difícil acceso que nunca fueron de interés para los españoles. Después de la liberación de los esclavos en 1851, la zona del Pacífico se convirtió en un sitio de refugio para los libertos que ocuparon los territorios, en donde encontraron “la posibilidad para reinventar su historia y su mundo y por ello a partir de ese momento se autodenominan como renacientes” (*Centro Nacional de Memoria Histórica* 38). Las nuevas poblaciones de afrocolombianos, ahora esparcidas por el territorio, implementaron cambios en su forma de vida tornándose a la agricultura, la pesca, la caza y la minería familiar como forma de sustento. Una actividad que implicaba una movilidad constante y la convivencia con los pueblos indígenas.

Buenaventura, a principios del siglo XIX, estaba conformada por chozas de paja localizadas a los lados de la isla, las cuales eran habitadas por comerciantes indígenas y afrocolombianos que se dedicaban a la pesca y el cultivo. “Los grupos indígenas originarios habían sido masacrados o expulsados desde la Conquista y los pocos grupos todavía existentes a

la llegada de los campesinos negros o mestizos se retiraron río arriba” (Hoffmann 74). La convivencia entre estos grupos dio paso a esos barrios de una sola calle, en donde se practicaban actividades relacionadas al comercio como forma de supervivencia. Tal y como se muestra en la novela con el turismo que era aprovechado por los indígenas y los afrocolombianos para su sustento, “paseaban por ahí, mirando los jarrones de güérregue y los sombreros y las mochilas de jícara que los indígenas extendían en el suelo sobre sabanas desteñidas” (Quintana 44). Una condición que refleja el estado de decadencia y pobreza en el que vivían las clases minoritarias en Colombia y que continúan debido a los estereotipos de inferioridad que se le han adjudicado a los afrocolombianos. “Las comunidades negras constituyen una parte importante de la población [pero] han sido relegadas al abandono por parte del Estado haciendo caso omiso a la crisis presente en sus territorios, a la explotación de los recursos que ellos reclaman e intentan salvaguardar” (Bermúdez 4). Del asentamiento afrocolombiano, proveniente de la colonización, surgió una nueva estructura familiar diferente a la establecida por los españoles que definió el papel de la mujer en su comunidad.

La forma de vida de los afrocolombianos se caracterizó por una casa fundada sobre un pedazo de madera estacado a la tierra y la constante movilidad de los hombres, quienes emigraban para aprovechar los recursos que variaban de acuerdo con el tiempo y las temporadas de jornada laboral. Nancy Motta González menciona en su estudio que los, “africanos esclavizados dejaron un legado cultural que se sumó a la constitución de formas de familia diferenciadas” (50). Una organización que no contaba con un modelo único, a pesar de los esfuerzos de los colonizadores por establecer la familia monogámica, patriarcal y sacramental que derivaba de las normas católicas. Una práctica que no logró consolidarse entre los pueblos indígenas y africanos, los cuales persistieron en mantener sus costumbres ancestrales. La

estructura familiar afrocolombiana se basaba en la movilidad, la poligamia y la matrifocalidad²¹, una fórmula que posicionaba a la mujer y su maternidad como el eje central familiar. Las continuas migraciones muchas veces eran colectivas, un pueblo se establecía en un río durante el tiempo de jornada para después dispersarse al acabarse los ingresos. Ante las amenazas de las mareas abandonaban sus casas, pero si lograban consolidarse, los hombres continuaban con sus viajes, en los que tenían múltiples relaciones amorosas que acrecentaban los miembros familiares. De esta forma se estableció, “un sistema matrifocal y poligámico, con o sin coresidencia de las esposas” (Hoffmann 67). En las mujeres reincidía el poder de reinventar la vivencia materna que no surgía dentro de una familia nuclear ni requería de una pareja sentimental que contribuyera a la economía y la crianza de los hijos. Damaris creció dentro de esta estructura familiar en la que su madre fungió su rol de cuidadora sin la ayuda del padre, “el hombre que preñó a su mamá, un soldado que había prestado el servicio militar en la zona, la abandonó cuando estaba embarazada y ella, para poder sostener a su hija, tuvo que irse a trabajar a una casa de familia en Buenaventura” (Quintana 29). Sin embargo, el poder de la mujer no provenía solamente de la ausencia masculina y su rol materno, sino de su historia durante la esclavitud.

Durante la colonización, las esclavas negras fueron tratadas como un objeto rentable debido a su capacidad para ejercer múltiples trabajos y su poder reproductivo, “en la casa de los hacendados, ella hacía parte de la servidumbre como cocinera, lavandera o niñera, un rol que todavía conserva en muchos espacios domésticos” (Lawrence 22). Cuando no ejercían tales labores, las mujeres eran simples máquinas reproductoras a las que se les privaba de la crianza al ser vendidos sus hijos como mercancía. Bajó la economía colonial, la reproducción de las

²¹ Una estructura familiar en el que la madre es la cabeza de la familia y el padre juega un papel secundario o insignificante en la crianza de los hijos y el hogar.

mujeres negras fue controlada y regulada de acuerdo con los intereses de los terratenientes que las explotaban, pero a pesar de este sometimiento las mujeres no adoptaron un papel de víctima creando una disidencia que nació entre el dolor y la violencia. En muchas ocasiones, “las mujeres negras recurrieron al aborto como una forma de resistencia para no darle nuevos hijos al esclavista cuando éste trató de maximizar la rentabilidad de los cuerpos de las mujeres esclavas con el fin de aumentar el número de hijos-esclavos y, por ende, el número de la mano de obra” (Lawrence 27). Su rebelión se esparció entre los diferentes ámbitos en los que ella era partícipe, como su unión a los grupos clandestinos que fomentaban y practicaban sus creencias, su apoyo a los cimarrones²², al darles información y alimento y su colaboración en la creación de los palenques²³. Además, las mujeres afrocolombianas ocuparon un lugar importante en el área rural y urbana a través de los trabajos que ejercían como criadas, cocineras, nanas, vendedoras, en la minería y la agricultura. La demanda de mujeres para estos empleos les dio acceso a la movilidad, ya que salían de su encierro, con el permiso de sus amos, para trabajar. Muchas de ellas, con la venta de comida callejera y la artesanía acumulaban recursos monetarios, compartidos con sus dueños, que les permitía pagar su libertad y la de sus hijos.

Este tipo de prácticas le permitió desarrollarse en el ámbito social adquiriendo múltiples conocimientos y habilidades de las que surgió una mujer fuerte e independiente. Así, “las mujeres afrocolombianas fueron sujetos activos y protagónicos, sea en la vida familiar como en la social; fueron ellas quienes, junto con los varones, pusieron en marcha prácticas y procesos de resistencia a nivel individual y colectivo, legal o ilegalmente” (Lawrence 24). A pesar de esto, las mujeres afrocolombianas han tenido que enfrentar la desigualdad y una maternidad

²² Un esclavo negro fugitivo o rebelde que vivía en libertad escondido en lugares apartados o en los palenques o quilombos.

²³ Los palenques eran lugares inaccesibles que servían de refugio para los esclavos fugitivos. En las regiones del océano Atlántico se les conocía como quilombos.

desequilibrada al ser ellas las poseedoras del poder dentro de sus núcleos familiares y al mismo tiempo estar sujetas a la presión social que opera con base en su feminidad. Las mujeres negras durante la esclavitud y después durante la emancipación, fueron expuestas a los roles de género que surgieron en la sociedad blanca occidental, un modelo doméstico que les fue imposible adoptar, ya que la maternidad y el trabajo eran dos ejercicios que se contraponían en su vida diaria. Sabrina Yañez señala que, “en la misma época en que se glorificaba la maternidad de las mujeres blancas y se las encerraba en esa función, las mujeres esclavizadas no contaban con los más mínimos derechos sobre su descendencia y no se esperaba que mostraran apego por sus criaturas” (70). La función y el valor de la mujer negra todavía radicaba en su capacidad reproductiva que, aún después de haber adquirido su libertad, su trabajo se antepone a su maternidad, al vivir entre la desigualdad y la falta de una identidad propia. Un fenómeno que continúa afectando a las comunidades de mujeres negras y que se refleja en las luchas feministas que intentan borrar las huellas que dejó la historia a su paso.

Los años cincuenta y finales de los sesenta se caracterizaron por la resistencia racial y el nacimiento de los movimientos por los derechos civiles en Estados Unidos. Entre los cuales surgió el feminismo y entre ellos el afrofeminismo, un movimiento liderado por mujeres negras, en respuesta a las luchas políticas y sociales que buscaban erradicar la doble discriminación que vivían las afroamericanas. Una práctica, “que provenía de una tradición esclavista que utilizó y explotó a miles de personas de origen africano durante siglos” (Medrano 2). Las luchas de las mujeres afroamericanas surgen como espacio de resistencia en el que las mujeres podían identificar sus problemas, discutir e intercambiar ideas, visiones y experiencias en base a los estereotipos que se les había implantado ya que, “ella ha sido definida mediante términos esencialistas: negra, mujer y pobre” (Lawrence 34). Entre sus múltiples luchas, la maternidad ha

sido un tema relevante para la libertad y la identidad de la mujer negra, la cual está ligada a elementos socioculturales. Los discursos de la maternidad que han planteado las feministas de Occidente han sido cuestionados por las feministas negras al no reflejar la realidad de las minorías dentro del imaginario maternal que las mujeres blancas promueven desde otra escala social. Los discursos y las prácticas de la maternidad surgen a partir de un texto de gran influencia para el feminismo que intentaba redefinir la identidad de la mujer lejos del espacio privado del hogar. La obra *La mística de feminidad* (1963) de Betty Friedan expone la situación de las mujeres blancas norteamericanas de clase media y propone una nueva identidad y destino para ellas al criticar cómo después de adquirir ciertos derechos civiles regresarán al espacio doméstico durante la posguerra.

Sin embargo, la posición de un selecto grupo de mujeres blancas de clase media o alta, educadas, casadas y con un exceso de tiempo libre no reflejaba la situación de todas las mujeres en Estados Unidos. Esta definición dejaba de lado el racismo y clasismo en el que vivían muchas otras más. Ante esta cuestión, Bell Hooks²⁴ menciona que dicho texto, “no hablaba de las necesidades de las mujeres sin hombre, ni hijos, ni hogar. Ignoraba la existencia de mujeres que no fueran blancas, así como de las mujeres blancas pobres. No decía a sus lectoras si, para su realización, era mejor ser sirvienta, niñera, obrera, dependiente o prostituta que una ociosa ama de casa” (34). Cabe destacar la situación de las mujeres de América Latina en países como México, Argentina y Perú que no entraban en el molde establecido debido a sus condiciones socioeconómicas. Las condiciones de trabajo y las horas que pasaban fuera del hogar en fábricas limitaban su libertad. Además de afectar su rol materno al trabajar durante la gestación y relegar el cuidado de sus hijos a terceros. Estas mujeres no podía reinventarse, ya que no contaban con el

²⁴ Gloria Jean Watkins mejor conocida como Bell Hooks (nombre que proviene de su bisabuela maternal Bell Blair Hooks) fue una escritora y activista feminista estadounidense. Su enfoque radicaba en la raza, la clase y el género.

tiempo que les restaba su trabajo y su maternidad. A pesar de estos planteamientos, el modelo que predominó durante la época trajo consigo un sinnúmero de pautas y patrones a seguir dentro del imaginario materno que eran promovidos por los servicios sanitarios que le asignaban a, “la mujer el papel de reproductora no sólo biológica, sino del orden social, pues, no sólo debía velar por la salud de los hijos, sino también por su educación e, incluso, debía velar por el comportamiento del marido” (Posso 62). Las luchas de las mujeres negras feministas visibilizaron la situación de las otras, de las mujeres que no contaban con un sistema de ayuda paternal ni con el nivel socioeconómico para recomodar sus vidas y desentenderse de su maternidad. “Los aportes de las feministas afroamericanas ejemplifican la necesidad de pensar la maternidad desde múltiples perspectivas y posiciones dentro de los sistemas de poder y privilegio” (Yañez 72) sobretodo el de las minorías que ejercen una maternidad entre la precariedad y la supervivencia.

En Estados Unidos, la estructura familiar de las mujeres afroamericanas no era muy distinta a la de las mujeres afrocolombianas. Al igual que las madres afrocolombianas, estas mujeres asumían el papel de jefas de familia encargándose de la crianza y la manutención de sus hijos en un hogar con, “padres ausentes, madres solas responsables de la reproducción material e inmaterial... núcleos familiares al mismo tiempo “incompletos” (sin padre) y complejos (que reúnen a varias generaciones e hijos de varias uniones)” (Hoffmann 70). Otro tipo de matrifocalidad que, si bien el padre podía o no estar ausente, fue resultado de los sucesos históricos que marcaron las estructuras familiares durante la esclavitud. El constante desplazamiento de los esclavos varones, los cuales podían ser vendidos o intercambiados, colocaron en la mujer la responsabilidad de mantener a los miembros restantes de la familia. Una similitud que va más allá de su rol maternal, ya que estas mujeres con distinta demografía eran

símbolos de fortaleza e independencia al generar ingresos y ocuparse de sus hijos con o sin figura paterna. Esta organización matrifocal, además de posicionar a la mujer en el eje central familiar, también las responsabilizaba de las relaciones sociales, al ser ellas las proveedoras del hogar. Las tradiciones familiares debían ser promovidas por la madre al igual que la permanencia y la práctica de sus valores ancestrales. Un tipo de familia extensa que formaba parte de la estructura matrifocal al promover una crianza compartida aún con los hijos que procedían de las múltiples parejas amorosas de los padres.

Dentro de la familia afrocolombiana se establecieron redes de apoyo y cooperación conformadas por hijos, padres, tías, abuelas etc. y en muchas ocasiones por los hijos de las mismas madres de las antiguas relaciones del padre. Una práctica que creaba lazos de familiaridad, “a veces, estas redes de crianza han sido arreglos de corto plazo, otras veces se han convertido en una suerte de adopción informal” (Yañez 71). La crianza de los hijos era más llevadera debido a estas redes comunitarias que permitían ejercer la maternidad colectiva que difería al de las mujeres con mejores recursos económicos que pagan por los servicios de cuidado. Una costumbre que se practicaba en un mismo hogar al residir la familia junta, como en el caso de la familia de Luzmila donde desde la abuela hasta el yerno habitaban la misma casa, “la tía Gilma... dormía en un cuarto con las dos hijas y las nietas de Luzmila. El marido de la hija mayor trabajaba en Buenaventura y sólo venía algunos fines de semana. Luzmila y su marido dormían en el otro cuarto. Él trabajaba en construcción y ella vendía productos de revistas” (Quintana 43). Una red de ayuda mutua de la que Damaris nunca pudo ser partícipe.

La independencia de la mujer afrocolombiana no se detiene ahí, ya que, “a diferencia de las mujeres indígenas y mestizas e incluso blancas de sectores populares y clases medias tradicionales que son “amas de casa” dependientes del esposo, las mujeres negras generan y

disponen de recursos propios, lo que les da una gran autonomía frente a los hombres” (Reyes y Urrea 3). Damaris, a pesar de vivir con Rogelio, jamás dejó de ser independiente aún cuando su esposo se ausentaba por meses, “ella trabajaba en una de las propiedades del acantilado -la de la señora Rosa-, por lo que recibía un sueldo fijo, y él pescaba en unas embarcaciones grandes llamadas viento y marea, que duraba varios días en altamar...” (Quintana 21). Una ventaja que les daba la libertad de escoger a sus parejas amorosas, eran ellas quienes decidía en donde y por cuánto tiempo el hombre viviría con ellas. Además de esto, la mujer negra heredaba todos los bienes adquiridos durante el matrimonio para ella y sus hijos lo que no era el caso para las mujeres indígenas, quienes al estar bajo la presión de un matrimonio hegemónico eran las encargadas del hogar, el cuidado de los hijos y del esposo que muchas veces practicaba la poligamia. Estas mujeres en caso de ser abandonadas no obtenían ningún tipo de beneficios y quedaban a merced de su comunidad o de los padres que las acogían viviendo en la pobreza. De esta forma, los afrocolombianos crearon un nuevo sistema familiar dentro de sus comunidades:

Las familias afrodescendientes señalan nuevas perspectivas de pautas, prácticas y creencias de crianza, asociadas a las experiencias vividas, en las cuales el grupo se vincula activamente a los procesos de la crianza, enriquecidos a través de la historia y con los aportes de la modernidad. La práctica de la solidaridad, la ayuda mutua, el mantenerse unidos como grupo y el ideal de formación de personas de bien, de principios y sobre todo con muchos valores, son aspectos importantes para afrontar los nuevos retos de la sociedad contemporánea (Cardona-Oviedo, et al. 27).

No obstante, el lugar que exaltaba a la mujer afrocolombiana era el mismo que la sobajaba y la sometía. Su labor como cabeza del hogar, que incluía la transmisión de tradiciones y prácticas ancestrales, la sujetaba a la misma maternidad que ejercía con libertad. Una imposición con raíces históricas que muestran que, “la identidad femenina negra ha sido notablemente atada a la maternidad, a la crianza y a la socialización de los hijos” (Lawrence 28). La maternidad es un proceso esperado y celebrado por las comunidades que participan en la crianza de los niños. La

llegada de un nuevo miembro es una noticia que se recibe con festejos, en especial cuando se trata del primogénito. Es en las mujeres afrocolombianas donde recae la permanencia de la unión familiar a partir de los hijos que puedan traer al mundo. Dentro de los roles de género, se espera que en un matrimonio la mujer cumpla con su función reproductiva, Damaris no había podido tener hijos a pesar de haberlo intentado por años, una situación que la hacía sentirse avergonzada, “derrotada e inútil, una vergüenza como mujer, una piltrafa de la naturaleza” (Quintana 24). Dentro del imaginario maternal es de esperarse que cuando tales funciones no se ejercen la presión social y la intervención de la gente se haga presente a través de las típicas preguntas, “¿Para cuándo los bebés?” o “Qui’hubo que se están demorando” (Quintana 19). Ante tales cuestionamientos y sin resultado alguno se procede a aconsejar a la mujer para “arreglar” el desperfecto asumiendo que la concepción de los hijos es responsabilidad de ella sin dudar de la virilidad del hombre, consejos que recibió Damaris de su tía Gilma. Antes de los consejos y las intervenciones, Damaris ya había comenzado a tomar infusiones que preparaba y tomaba a escondidas con hierbas que encontraba en el monte. Es a partir de la travesía que emprende Damaris, en la búsqueda de un hijo, que Quintana reivindica la medicina alternativa y a las parteras que en muchas ocasiones son el único acceso de salud para las mujeres del Pacífico colombiano.

Resulta necesario recalcar que Damaris a diferencia de Alina, la “madre” de Nettel, no contaba con los recursos económicos ni demográficos para acudir a un centro de salud especializado. Damaris y Rogelio eran personas de escasos recursos que vivían de la pesca y el escaso trabajo disponible en la isla. En el pueblo remoto en el que residían, rodeado por el mar y la selva, no tenían acceso a la modernidad por lo que un método de reproducción asistida era imposible. Los centros de salud en las áreas del Pacífico colombiano son muy escasas, debido a

esto la salud de las comunidades está en las manos de curanderos, médicos tradicionales, chamanes, parteras entre otros. Muchos de los cuales varían de acuerdo con el área y los tratamientos necesarios, ya que, “existen diferentes denominaciones de acuerdo con la cultura, esta persona ejerce un poder y mantiene un prestigio reconocido y respetado por todos” (Herenia, et al. 102). De acuerdo con su ejercicio, el proveedor identifica la enfermedad a través de ritos, oraciones, invocaciones o cantos en su lengua nativa que revelan el mal que aqueja a la persona para ser erradicado por medio de plantas curativas, soplos, baños, masajes o infusiones dependiendo de la enfermedad. “En Latinoamérica usualmente se emplean tres categorías distintas para referirse a las poblaciones rurales: campesinos mestizos, indígenas y afroamericanos. En los tres casos pueden ser encontrados sistemas de medicina tradicional elaborados y vigentes en su cultura” (Granados, et al. 99). Entre los practicantes de la medicina alternativa que asistieron a Damaris se encontraba Santos, una mujer con nombre masculino que era, “la hija de una negra del Chocó y un indígena del bajo San Juan” (Quintana 20). Sus prácticas se basaban en el uso de hierbas, sobadas y curaciones que llevaba a cabo por medio de rezos e invocaciones.

Sin embargo, debido al fracaso de los tratamientos que recibió de Santos, Damaris desistió de sus intentos hasta que la tía Gilma le contó de una mujer que había logrado quedar embarazada después de recibir, “la intervención del Jaibana, un médico indígena que tenía fama en el otro pueblo” (Quintana 22). Los tratamientos eran costosos por lo que Rogelio y Damaris tuvieron que ahorrar dinero para poder pagarlos. El Jaibana asistió a Damaris con baños, bebedizos y ceremonias donde la frotó, le cantó y le rezó sin resultado alguno. En la cultura emberá²⁵ existe la creencia de la presencia de seres no humanos a los que se les denomina “como

²⁵ Los emberá o mejor conocidos como Chocó son una comunidad de nativos indígenas del litoral Pacífico colombiano.

espíritus, *jai*, en lengua emberá” (Pardo 183). Estos espíritus son invocados mediante rituales y ofrendas por los Jaibanas que utilizan su poder para distintos fines. El ritual consiste en un canto que el Jaibana entona en la noche para atraer al espíritu, que no sólo encontrará un cuerpo para poseer, sino un altar de ofrendas y regalos. En caso de que los servicios de los Jaibanas sean solicitados, “el Jaibana recibe de la familia del “paciente” una suma en dinero” (Pardo 189). Entre estos practicantes de medicina tradicional también se encuentran las parteras, las cuales han formado parte del cuidado de las mujeres por siglos asistiendo partos y cuidando de su sistema reproductivo.

Las parteras son un símbolo de empoderamiento femenino y de las luchas por el reconocimiento y el respeto hacia las costumbres y tradiciones ancestrales. Estas mujeres constituyen toda una rama de prácticas y habilidades que forman parte de la herencia histórica no sólo de los afrodescendientes, sino de muchas otras culturas en distintas áreas del mundo, “la Partería Tradicional Afro por ser una práctica cultural Ancestral que se ha transmitido de generación en generación alberga en sí misma, costumbres, creencias, saberes y hábitos que tienen inmersas prácticas comunicativas, desde su manera de vestir, hablar y relacionarse con otros” (Giraldo 52). Las parteras o comadronas son mujeres que, sin estudios o formaciones por instituciones universitarias, atienden a las mujeres durante y después del embarazo -y en muchas ocasiones su salud en general- de acuerdo con sus conocimientos ancestrales. Partidora es una de las, “denominación dada a la partera por algunos habitantes originarios de la zona rural en Buenaventura y el Pacífico colombiano” (Giraldo 62). Los conflictos armados y la pobreza que han rodeado a las comunidades del Pacífico han impedido que sus habitantes cuenten con los servicios de salud necesarios. Una situación que muchas veces termina en un trato deshumanizado hacia la salud de las mujeres y su reproducción. En este caso, las parteras

ofrecían sus servicios de planificación familiar y la prevención de enfermedades sexuales. Además de consejos sobre la gestación, la lactancia, la infertilidad, entre otros. “En la actualidad, por lo menos en la región del Pacífico, Buenaventura y las islas de Juanchaco y Ladrilleros, la labor de la partería es un rol que apela exclusivamente a la mujer” (Giraldo 55). Los procedimientos de las parteras provienen de su experiencia al haber atendido una gran cantidad de partos a través de los años, incluyendo a las mujeres infértiles a las que asisten con tratamientos de purgas²⁶ y botellas curadas²⁷. Sin embargo, si tales tratamientos no funcionan las parteras respetan el cuerpo de la mujer reconociendo que no todas pueden concebir. Algunos de los tratamientos generales que las parteras llevan a cabo son el pringue²⁸, el puente²⁹, las tomas³⁰, los vahos³¹, los milagros de vida³² entre otros. Una de las prácticas mayormente fomentadas por las parteras es el parto humanizado que de acuerdo con Yazmin Giraldo Duque:

Es la parte afectiva que la partera brinda cuando llega el momento en que la parturienta lo necesita, la partera lo que hace es sentir ese dolor, apropiarse del momento que la mujer está pasando y todo ese entusiasmo, todo ese interés, toda esa confianza que debe haber para que ese niño nazca bien. Respeta la medicina y sus avances en casos de embarazos que por complicaciones mayores requieran de procedimientos médicos especializados. Hace oposición a aquellas prácticas que someten a la madre y al hijo a procedimientos de intervención hostiles por lo rutinarios, que no consideran a las embarazadas como personas y transforman su experiencia en una actitud asistencial violenta (62-63).

Las parteras no solo asisten a las mujeres física y emocionalmente, sino que están preparadas para asistir un parto en cualquier momento. Sus casas cuentan con utensilios como mantas, baldes de agua, guantes y sobre todo con plantas curativas que ayudarán a las mujeres en caso de

²⁶ Una bebida que se prepara con hierbas y se le da a la mujer al inicio del tratamiento para preparar su cuerpo.

²⁷ Una bebida tradicional que contiene alcohol de caña de azúcar y otros ingredientes que ayudan con la infertilidad.

²⁸ La acción de golpear las partes afectadas del cuerpo con hierbas medicinales previamente hervidas.

²⁹ La manipulación del cartílago que se localiza en la parte delantera de la pelvis para facilitar la salida del feto.

³⁰ La preparación de una botella curada en base a los síntomas y órganos para tratar la enfermedad.

³¹ Vaporizaciones provenientes de plantas en las que la mujer se posiciona en cuclillas para recibir y curar el útero, los ovarios o cualquier otro órgano de su sistema reproductivo.

³² Rezos, oraciones y bebidas de hierbas realizados por la partera para lograr la concepción.

presentarse hemorragias, dolores, contracciones y otros contratiempos que resulten durante el parto. La compañía familiar es también fomentada por las parteras, ya que buscan respetar los deseos de la parturienta sin afectar su cuerpo y su salud mental. Además, las parteras continúan con su labor de cuidadoras al tratar a la parturienta con vahos y pringues durante el puerperio para restaurar su cuerpo, al mismo tiempo que la provee de consejos sobre la lactancia y el cuidado del recién nacido. Esta serie de cuidados que las parteras le brindan a las mujeres son, “un referente de las comunidades del Pacífico, ellas no sólo son quienes ayudan a traer al mundo a las criaturas de la comunidad sino también quienes se encargan de arraigar rasgos culturales en los más jóvenes por medio de las enseñanzas, música y baile” (Giraldo 56). Las prácticas culturales son pasadas de forma oral y transmitidas mayormente por mujeres, en este caso las parteras, quienes transfieren sus conocimientos a las futuras generaciones. Así, la partería es una práctica que reúne otras más, ya que promueve las tradiciones culturales comunitarias por medio de la música, los arrullos, las oraciones, los remedios y el conocimiento del poder curativo de las plantas y su preparación. Las parteras son vitales para la supervivencia de las tradiciones de las comunidades al ser ellas quienes atienden los partos y transmiten sus conocimientos a las mujeres jóvenes, convirtiéndose en heroínas que se posicionan, “entre la comunidad y el Estado para defender el nacimiento humanizado, para adquirir lo que necesita para llevar a cabo su labor” (Giraldo 108). La partería es otro tipo de lucha femenina liderada por mujeres con autoridad y conocimiento histórico.

Sin embargo, como ya se ha mencionado antes, la mujer afrocolombiana a pesar de ser el símbolo de una mujer fuerte e independiente está sujeta por las mismas prácticas que las someten a la presión social. Un evento que se retrata a partir de la relación que Damaris inicia con una perra cuando intenta encajar en las normas sociales de su comunidad y suplir su

necesidad materna. Este conflicto maternal refleja la presión a la que es sometida la mujer afrocolombiana para mantener las redes de familiaridad y las tradiciones, a través de su maternidad. Ante su infertilidad, las opciones de Damaris son escasas, su condición económica no le permite buscar ayuda más allá de su entorno para someterse a un tratamiento de fertilidad o buscar a una madre substituta, siendo la adopción su única salida. Una adopción simbólica al tratarse de una perrita que escoge de una camada de perritos para sustituir a Chirli, la hija que siempre había deseado, ya que no es una coincidencia su decisión al ser la primera en llegar a la repartición. Dentro de este juego maternal, se revela la situación de las mujeres que buscan convertirse en madre para cumplir con un mandato que no encaja con su identidad.

La maternidad está ligada estrechamente a la identidad de la mujer que el convertirse en madre las hace sentirse completas. La imposibilidad de procrear las denomina como imperfectas causando estragos en su autoestima. Dentro de este contexto, Damaris se sentía una mujer incompleta al no tener las cualidades que definían a una mujer, como delicada y amorosa, sus manos robustas que solo servían para romper cosas y su cuerpo infértil eran el recuerdo de su falta de feminidad. El estigma y los prejuicios que experimentaba por ser una mujer casada y sin hijos hicieron de Damaris una mujer a medias por que, “en la demanda incoercible de maternidad biológica, genética, se alza la ilusión de ser: ser madre, realizar el ideal supremo de la feminidad” (Tubert 374). Por momentos, Damaris parecía aceptar que no tendría hijos al pasar sus días trabajando y cuidando de su hogar, pero, “al enterarse del embarazo de alguna conocida o del nacimiento de un niño en el pueblo, ella lloraba en silencio apretando los ojos y los puños” (Quintana 21). Su infertilidad la llenaba de culpas al tratar de convencer a sus vecinos de que era una buena mujer que siempre cumplía con sus deberes domésticos. Damaris no encajaba en la

definición de la mujer afrocolombiana al ser incapaz de traer hijos al mundo que continuaran con las tradiciones de su comunidad, ante esto, la pérdida era aún mayor.

La maternidad ficticia de Damaris muestra las dos caras de una misma mujer; la que no puede escapar de un mandato social y la que vive bajo los recuerdos de una infancia tormentosa. La crianza de la perra representa las dos, ya que la verdadera razón por la que Damaris deseaba ser madre derivaba, “de la exigencia de los otros, del mundo de afuera y sus normas sociales y culturales” (Venegas, “La pesadilla de la felicidad” 53). Por un lado, Chirli se convirtió en la hija que tanto deseaba al cuidarla como si fuera un bebé humano. Esta relación le producía satisfacción y le daba sentido a su existencia al cambiar su vida, la cual ahora transcurría en torno a las necesidades de la perra. A través de la crianza, Damaris se revalorizaba como mujer haciendo todo por cumplir con las normas que dictaminaban cómo se debe cuidar a un hijo, desde enseñarle a ir al baño hasta la disciplina, es en, “la identificación con su hijo, [que] ellas se maternan por proyección. Ese bebé es el hijo que habrían querido ser. Ese hijo deberá maternarlas como ellas mismas habrían querido ser maternadas” (David 118). Sin embargo, no todo resultó como Damaris esperaba, la perra creció y se independizó, situación que Damaris no logró asimilar al sentirse “abandonada por todos, su marido que no le importaba, su prima que sólo la criticaba, “su mamá que se había ido para Buenaventura y luego se había muerto” y por “la perra, a la que había criado sólo para que la abandonara” (Quintana 75). Por otro lado, la perra representaba todo lo que Damaris jamás había podido ser. Damaris no solo experimentó el abandono de todas las personas allegadas a ella, sino que también anidaba un tipo de envidia y resentimiento hacia Chirli. La perra (la madre) que sí logró quedar preñada dos veces sin esfuerzo alguno, suceso que resultó en la rabia y el desamor que Damaris sintió al verla en un estado gestante. Irónicamente, “la perra resultó ser una pésima madre” (Quintana 77) que no

alimentó a sus crías y se comió algunas para después abandonarlas por completo. Aunque Damaris se esforzó por cuidar y amar a la perra, la realidad es que los mandatos sociales excedieron su deseo maternal provocando una situación de violencia. En un arranque de ira y al darse cuenta del segundo embarazo de la perra, Damaris le quita la vida ahorcándola con una soga. El asesinato de la perra simboliza la aniquilación de su maternidad, de la identidad que está le daba y que le recordaba su pasado. Damaris tenía que, “matar a la niña de su infancia, la que se sentía poco amada, mal comprendida, y cuya avidez oral sólo era igualada por la certeza de que nadie podía colmarla” (David 125). El hijo deseado no cumplió con las expectativas de Damaris, quien no estaba dispuesta a continuar cumpliendo con los mandatos sociales, una decisión que también tomó Doris al enviar a su hijo a otra ciudad.

El asesinato de la perra en manos de Damaris logró aniquilar la carga mental y física que le provocaba la presión social. “La novela, en esta línea, se deja leer como una narración que cuestiona y pone en crisis la idea de felicidad anclada a los hijos como posibilidad máxima de realización de la mujer” (Venegas, “La pesadilla de la felicidad” 65). Una norma incongruente que proviene de un constructo social que determina que el valor de la mujer radica en su destino natural de ser madre, aún cuando ésta se ejerce bajo una situación de desigualdad social, política y emocional. La muerte de la perra comprobó que la identidad de la mujer puede ser turbia, una madre puede proyectar en sus hijos sus vivencias pasadas, pero también puede mantenerlos alejados del dolor y el abandono. La identidad de la mujer no radica en su maternidad porque un hijo no le otorga ni le añade valor como individuo, de Damaris “puede decirse que no se está ante la presencia de una mujer que acepta pasivamente los dictados del destino, que le ha negado rotundamente la maternidad, sino ante un ser con agencia, que ha hecho algo para superar su estado de precariedad y lograr sus metas” (Leonardo 162). Como es el caso de la mujer

afrocolombiana, quien a pesar de su historia logró renacer como un símbolo de poder e independencia y que, a pesar de encontrarse sujeta a sus tradiciones culturales, ha creado nuevas formas de experimentar la maternidad. Una maternidad que se da entre la pobreza y la desigualdad pero que cuenta con redes de apoyo y comunidades que aligeran su carga.

A pesar de que *La perra* (2018) no tiene fechas ni lugares exactos, las descripciones y los elementos que se mencionan en el texto remiten la historia de Damaris a la Colombia contemporánea. Una realidad que afirma la misma Quintana con su experiencia propia y a través de su protagonista que reencarna a la mujer afrocolombiana para reconocer su valor y su identidad dentro de los márgenes sociales. La novela, “además de presentar una reflexión sobre la maternidad, enlaza este problema personal y privado con uno de carácter social y político” (Leonardo 167). El constructo social que ha promovido el modelo mujer-madre y que señala a la maternidad como instintiva y necesaria para toda mujer. Quintana narra la historia de una mujer que no puede evadir los mandatos sociales, pero que intenta subvertirlos conforme a sus circunstancias y vivencias. En este sentido, la adopción de Chirli, representa una subversión contra el sistema patriarcal que entrelaza la identidad de la mujer con su maternidad. El discurso de Quintana forma parte de las maternidades disidentes al sacar a la luz a las otras madres, las que ejercen su maternidad entre la pobreza y la desigualdad, pero con poder y determinación.

CAPITULO IV

CONCLUSIÓN

En los capítulos anteriores, he discutido cómo la maternidad es un constructo social establecido por el sistema patriarcal que continúa siendo relevante en la vida de la mujer. Un constructo con antecedentes sociales, culturales e históricos, que redefinió la identidad de la mujer, una y otra vez, y la adaptó a las demandas que surgían de acuerdo con la época. Desde las diosas de la antigüedad hasta la mujer contemporánea, su identidad ha estado ligada, de una u otra forma, a su fisiología femenina. En este precedente, la Iglesia, el Estado y la medicina fueron los principales contribuyentes de los dictámenes y las pautas que toda mujer debe desempeñar para poder ser acreedora del reconocimiento social. Dentro de los márgenes de este concepto, predominan nociones como el “instinto materno” y la “naturaleza femenina” que señalan la predisposición de la mujer a ser madre y desencadenan una serie de elementos diseñados para educarla en dicho ejercicio. Sin embargo, la mujer tiene la capacidad y el derecho de elegir la maternidad a pesar de los estatus preestablecidos que la señalan como parte de su realización femenina. Durante este proceso de elección, la mujer es presionada, comercializada y violentada y después recriminada ante cualquier duda o arrepentimiento “antinatural” que pudiera llegar a sentir hacia su hijo.

El constructo social de la maternidad y sus consecuencias en la vida de las mujeres no es un tema nuevo, pero sí uno mal interpretado al estar ligado a los roles de género que son fundamentales para la preservación de la familia hegemónica. Como ya se ha mencionado antes, los niños constituyen el futuro del mundo y su concepción y desarrollo es de suma importancia para el progreso social y económico. Sin embargo, el problema no radica en la rebeldía y el rechazo de las mujeres hacia la maternidad, sino en las imposiciones que la obligan a asumir este

papel para el que no está siempre preparada y en algunas ocasiones no desea. Por lo que, el objetivo primordial debería ser el de revisar, localizar, redefinir y, en algunas instancias, erradicar las demandas que han facilitado esta organización que posiciona a la mujer por debajo del hombre, en total desigualdad. Los movimientos feministas y los estudios de género han sentado las bases para cuestionar y exponer nuevas propuestas en torno al tema de la maternidad. A estas estrategias es imprescindible añadir las aportaciones literarias femeninas que cada vez más exponen e incluso critican los discursos históricos. “El caso concreto es que la literatura presenta el día de hoy una especie de auge por narrar la experiencia de ser madre y todas las implicaciones que se derivan de tal condición” (Leonardo 152). La literatura femenina retrata, desde otro ángulo, las distintas formas en las que se puede experimentar y ejercer la maternidad. Entre las cuales emerge la novela, en la que las autoras, de forma sutil e inadvertida exhiben los constructos históricos que someten a la mujer violentando su identidad.

En *La hija única* (2020) Guadalupe Nettel expone el rechazo materno, la violencia obstétrica y el arrepentimiento materno a través de la vida de sus protagonistas. Laura, la voz narrativa, toma el lugar de las mujeres NoMo al rechazar la maternidad. Una decisión que estigmatiza y define a las mujeres como egoístas y necesitadas de una intervención. El término NoMo originado en Estados Unidos comenzó a ser utilizado por las mujeres que no querían ser madres y que no contaban con una denominación. La decisión de no ser madre somete a la mujer a una serie de presiones sociales como las expresiones ofensivas y las intervenciones de la medicina, la psicología y la biología para hacerlas entrar en razón. La sociedad las cuestiona, la biología las señala como candidatas, los médicos intentan controlar su sistema reproductivo y la psicología las considera inestables. No obstante, la decisión de Laura pone sobre la mesa el origen de ese rechazo materno, el cual desmorona el “instinto materno” evidenciando que el

deseo de la mujer no es innato, sino una decisión que proviene de las experiencias personales. Los testimonios recaudados por Yanina Ávila González y María Fernández-Miranda de mujeres que decidieron no ser madres por distintas razones y circunstancias, comprueban que dicho acto no es una acción deliberada de rebeldía, sino una defensa a la libre elección de la mujer.

Alina, la segunda protagonista de Nettel, exterioriza la violencia obstétrica física y psicológica que sufre la mujer durante su gestación. Una violencia que experimentan la mayor parte de las embarazadas dentro de las salas de parto, de forma inadvertida, y que afecta en gran manera su salud física y emocional. Esta práctica normalizada proviene de colocar el parto medicalizado por encima del parto humanizado que atiende el parto como una enfermedad y no como un proceso natural. Los procedimientos como el uso de oxitocina, la epidural, la litotomía, los tactos, entre otros, son utilizados por las instituciones de salud que raramente son denunciadas o reconocidas por las mujeres y la sociedad. Es a través de este ejercicio que Nettel evidencia un problema que proviene de prejuicios sexistas y misóginos originados de la expulsión de las parteras del área médica y que es necesario evaluar para devolverle a la mujer el poder sobre su cuerpo y su gestación.

Doris, el tercer personaje de Nettel, exhibe el arrepentimiento materno y los conflictos maternofiliales que aún no han sido aceptados por la sociedad. La ideología materna que se originó de la revalorización infantil creó una serie de dictámenes que promovían la crianza correcta de los niños. Una paradoja, ya que por un lado predicaba el instinto natural de la mujer para ejercer la crianza mientras que por el otro producía una serie de pautas diseñadas para educar a la mujer de forma adecuada. Una construcción de la que provienen las definiciones de “buenas” y “malas” madres y de las que dependía la realización y la identidad femenina. Los estudios de Orna Donath y Lina Meruane exponen el arrepentimiento que sienten muchas

mujeres después de haberse convertido en madres, mostrando que no es necesario adoptar estos estereotipos inalcanzables. El arrepentimiento también es válido al igual que la reevaluación materna para evitar que más niños se tornen en adultos disfuncionales al ser criados por mujeres agobiadas y cansadas. Así, las madres de Nettel son en realidad eslabones de una misma cadena entrelazada por el constructo social que ha dirigido el destino de las mujeres por generaciones. Sin embargo, la disidencia de Nettel se desarrolla dentro de este mismo evento con el parasitismo en puesta que se presenta por medio de un nido de palomas. La maternidad es el huevo implantado por el patriarcado en el cuerpo y la mente de la mujer para someterla, pero de la que también resurge una nueva. La crianza compartida y la sororidad entre las madres que postula una nueva forma de ejercer y vivir la maternidad.

Por otro lado, Pilar Quintana en *La perra* (2018) describe el mismo fenómeno, pero desde otra perspectiva y escala social. La historia de Damaris que se desarrolla entre la pobreza y la desigualdad evidencia la situación de las madres de las minorías, situando su enfoque en las mujeres afrocolombianas. El escenario en donde se desenvuelve la historia de Quintana, está basado no sólo en las experiencias maternas de Quintana, sino en las que vivió en el Pacífico colombiano, lugar donde reside Damaris, la protagonista de su novela. Este personaje simboliza la independencia y fortaleza de las mujeres afrocolombianas que continúan sujetas a sus costumbres ancestrales, las cuales se originaron de su paso por la colonización. Durante la esclavitud las afrocolombianas adquirieron habilidades que les permitieron mantener su independencia al tener acceso a trabajos remunerados. Además de ser un símbolo de resistencia al luchar en contra de sus amos al contribuir y participar en rebeliones que buscaban la libertad de su gente. La esclavitud le otorgó a la mujer afrocolombiana un espíritu luchador que ayudó a

la supervivencia de sus comunidades, pero que también la marcó al ser su reproducción el origen de su identidad.

En la novela, Quintana también reivindica el valor de la medicina tradicional y la labor de las parteras para el cuidado de las mujeres y su sistema reproductivo. Damaris deseaba ser madre y para poder cumplir con el rol que le correspondía dentro de su matrimonio recurrió a los jaibanas y los curanderos al no contar con los recursos económicos para someterse a un tratamiento de fertilidad. Entre estos médicos tradicionales se encuentra la partera, quien es un símbolo de lucha y persistencia al promover y enseñar sus prácticas y remedios ancestrales a las futuras generaciones de sus comunidades. Otro de los temas a resaltar es la maternidad colectiva que practican las madres afrocolombianas al ser ellas la cabeza del hogar. Unas redes de apoyo familiar que es promovida por las parteras y que es también practicada por otras familias en Estados Unidos y Latinoamérica. Sin embargo, su identidad está ligada a esta misma práctica que ejerce con libertad, lo que se muestra con la maternidad simbólica de Damaris al adoptar a una perra. La maternidad que Damaris ejerce cuando adopta a la perra representa las dos caras de la mujer afroamericana: su reproducción y su identidad. El conflicto emocional de Damaris, al no poder ser madre, provoca el asesinato de la perra que simboliza la separación de la identidad con la maternidad. La perra era la hija que tanto deseaba y la madre que ella no pudo ser y que aniquiló separando así su deseo materno de su identidad como mujer. El discurso de Quintana se muestra a través de la muerte de la perra, la cual representa la disidencia de las mujeres afroamericanas, quienes, a pesar de estar ligadas a su sistema reproductivo, tomaron el control de su papel histórico y allanaron nuevos caminos para ejercer la maternidad y con ello preservar su identidad.

A partir de lo expuesto en esta tesis, se puede llegar a concluir que el constructo social que se exhibe en las líneas narrativas de Nettel y Quintana evidencia las secuelas que esta ha dejado sobre la identidad de la mujer en la actualidad. El camino de las madres de Nettel y la protagonista de Quintana son un mismo recorrido que contiene un mismo mensaje: el de repasar los constructos que se han promovido y que continúan oprimiendo a las mujeres para introducir unos nuevos que le permitan vivir en igualdad y reconocimiento. La maternidad no siempre fue una carga emocional y física para las mujeres y en otro tiempo eran ellas quienes tenían el control sobre sus cuerpos y sus decisiones, un hecho que comprueba que es posible reevaluar el lugar de la mujer dentro de la sociedad actual.

BIBLIOGRAFÍA

- Abad, Paloma. "La audaz novelista Guadalupe Nettel investiga sobre la naturaleza de la maternidad en 'La hija única', su nueva novela." *Triunfo*, 28 de septiembre de 2020, <http://triunfo-arciniegas.blogspot.com/2021/01/guadalupe-nettel-investiga-sobre-la.html>.
Accedido el 17 de marzo de 2022.
- Alcalá García, Inmaculada. "Feminismos y maternidades en el siglo XXI." *Dilemata*, vol. 7, no. 18, 2015, pp. 63-81.
- Anzorena, Claudia y Yáñez, Sabrina. "Narrar la ambivalencia desde el cuerpo: diálogo sobre nuestras propias experiencias en torno a la "no-maternidad." *Investigaciones Feministas*, vol. 4, 2013, pp. 221-239.
- Ávila González, Yanina. "Mujeres frente a los espejos de la maternidad: las que eligen no ser madres." *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*, no. 17, 2005, pp.107-126. Redalyc, <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13901707>.
- Barrera, Ave. *Línea negra*. eBook, Almadía Ediciones S.A.P.I. de C.V., 2020.
- Bellón Sánchez, Silvia. "La violencia obstétrica desde los aportes de la crítica feminista y la biopolítica." *Dilemata*, vol. 7, no. 18, 2015, pp. 93-111.
- Bermúdez Gómez, Gina A. *Los Afroamericanos del Pacífico y la lucha por su reconocimiento; escenario de posconflicto*. 2017. Universidad Militar Nueva Granada, Grado diplomado. <https://repository.unimilitar.edu.co/bitstream/handle/10654/16794/Berm%C3%BAdezG%C3%B3mezGinaAlexandra2017.pdf?sequence=2&isAllowed=y>. Accedido el 28 de febrero de 2022.
- Bocanegra Acosta, Elsa M. "Las prácticas de crianza entre la Colonia y la Independencia de Colombia: los discursos que las enuncian y las hacen visibles." *Revista Latinoamericana*

- de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 5, no. 6, 2007, pp. 1-21. Redalyc,
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=77350107>.
- Cardona-Oviedo, Mery y Terán-Reales Víctor. “Pautas, practicas y creencias de crianza de las familias afrodescendientes cordobesas.” *Revista Eleuthera*, 17, pp. 13-30.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. *Buenaventura: un puerto sin comunidad*. Bogotá, CNMH, 2015. Recuperado de:
<http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2015/buenaventuraPuebloSinComunidad/buenaventura-un-puerto-sin-comunidad.pdf>.
- Contreras, Erika L., et al. “Violencia obstétrica en México: parir entre humillaciones, golpes y procedimientos innecesarios.” *Serendipia*, agosto 16 de 2021.
<https://serendipia.digital/datos-y-mas/violencia-obstetrica-en-mexico-parir-entre-humillaciones-golpes-y-procedimientos-innecesarios/>. Accedido el 11 de marzo de 2022.
- David, Hélène. “Las madres que matan.” *Debate Feminista*, vol. 30, 2004, pp. 113–26,
<http://www.jstor.org/stable/42624834>.
- Donath, Orna. *Madres arrepentidas*. eBook, Penguin Random House Grupo Editorial, 2016.
- Farge, Arlette. “La historia de las mujeres. Cultura y poder de las mujeres: ensayo de historiografía.” *Historia Social*, no. 9, 1991, pp. 29-101,
<https://www.jstor.org/stable/40340549>.
- Federici, Silvia. *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. eBook, Traficantes de sueños, 2010.
- Fernández-Miranda, María. *No madres*. eBook, Penguin Random House Grupo Editorial, 2017.

- Firestone, Shulamith. *La dialéctica del sexo*. 1973. Traducción de Ramón Rihé Queralt, epublibre, 2015.
- Florencia Freijo, María. *Solas (aún acompañadas)*. eBook. El Ateneo, 2019.
- Frías Armenta, Martha y Gaxiola Romero, José C. “Consecuencias de la violencia familiar experimentada directa e indirectamente en niños: depresión, ansiedad, conducta antisocial y ejecución académica.” *Revista Mexicana de Psicológica*, vol. 25, no. 2, 2008, pp. 237-248. Redalyc, <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=243016308004>.
- Friedan, Betty. *La mística de la feminidad*. 1963. Traducción de Magalí Martínez Solimán, eBook, Ediciones Cátedra, 2009.
- Fuenmayor, Valeria. “La Perra’: retrato del lado oscuro de la maternidad.” *El Heraldo*, Ago. 10 2017, <https://www.elheraldo.co/entretenimiento/la-perra-retrato-del-lado-oscuro-de-la-maternidad-391293>.
- García, Eva M. *La violencia obstétrica como violencia de género*. 2018. Universidad Autónoma de Madrid, tesis doctoral. https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/684184/garcia_garcia_eva_margarita.pdf. Accedido el 3 de febrero de 2022.
- Giraldo Duque, Yazmin A. *La partería tradicional afro del pacífico colombiano como patrimonio cultural y la importancia de sus prácticas de comunicación*. 2019. Universidad Autónoma de Occidente, Título de Comunicador Social-Periodista. <https://red.uao.edu.co/bitstream/handle/10614/12382/T09231.pdf?sequence=5&isAllowed=y>. Accedido el 12 de marzo de 2022.

- Granados Andrade, Sandy M, et al. “Aproximación a la medicina tradicional colombiana. Una mirada al margen de la cultura occidental.” *Revista Ciencias de la Salud*, vol. 3, no. 1, 2005, pp. 96-106. Redalyc, <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=56230113>.
- Herenía Anacona, Rosalba, et al. “La medicina tradicional.” *Revista Avances en Enfermería*, vol. IX, no. 1, 1991, pp. 101-105.
- Hernández González, Jessica. “La construcción social de la maternidad en México y las mujeres que deciden no procrear.” *Femeris: Revista Multidisciplinar De Estudios De Género*, vol. 5, no. 1, 2020, pp. 33-44, <https://doi.org/10.20318/femeris.2020.5153>.
- Hoffmann, Odile. *Comunidades negras en el Pacífico colombiano. Dinámicas e innovaciones étnicas*. Traducción de Camila Pascal, eBook, Ediciones Abya-Yala Quito-Ecuador, 2007.
- Hooks, Bell. “Mujeres negras: dar forma a la teoría feminista.” 1984. En *Otras inapropiables*, Editorial Traficantes de Sueños, 2004, pp. 33-50.
<https://www.marxists.org/espanol/tematica/mujer/autores/hooks/1984/001.htm>. Accedido el 3 de marzo de 2022.
- La Santa Biblia*. Reina Valera 1960, Holman Bible Publishers, 2011. Impresa.
- Lamas, Marta. “Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género.” *Papeles de Población*, vol. 5, no. 21, 1999, pp. 147-178. Redalyc, <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11202105>.
- Lawrence, Ssimbwa. *Mujer afrocolombiana, esperanza de un pueblo*. 2011. Pontificia Universidad Javeriana, Título de Teólogo y Bachiller Eclesiástico en Teología.
<https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/8108/tesis139.pdf;sequence=1>
Accedido el 9 de marzo de 2022.

Lazarre, Jane. *El nudo materno*. eBook, Editorial las afueras, 2018.

Leonardo-Loayza, Richard A. "Maternidades proscritas, mandatos sociales y violencia en la novela *La perra*, de Pilar Quintana." *Estudios de Literatura Colombiana*, no. 47, 2020, pp. 151-168.

"Ley orgánica de 19 de marzo de 2007, sobre el derecho de las mujeres a una vida libre de violencia." Gaceta Oficial, no. 38, 647 (19 mayo, 2007). En línea, acceso el 12 de marzo de 2022: [http:// venezuela.unfpa.org/documentos/Ley_mujer.pdf](http://venezuela.unfpa.org/documentos/Ley_mujer.pdf).

Martín-García, Teresa. "¿Existe el amor maternal? historia del amor maternal. Siglos XVII al XX de Elisabeth Badinter." Rev. de ¿Existe al amor maternal? historia del amor maternal. Siglos XVII al XX." (1984) Elisabeth Badinter. *Encrucijadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales*, vol. 18, 2019. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7247544>.

Medrano López, Ana. "Afrofeminismo. El feminismo en el movimiento por los derechos Civiles en los Estado Unidos." Universidad del País Vasco, 2020.

Melero, Pilar. *Mythological Constructs of Mexican Feminity*. eBook, PALGRAVE MACMILLAN, 2015.

Meruane, Lina. *Contra los hijos*. eBook, Penguin House Grupo Editorial, S.A., 2018S.

Molina, María Elisa, y "Transformaciones Histórico-Culturales del concepto de maternidad y sus repercusiones en la identidad de la mujer." *Psyche*, vol. 15, no. 2, 2006, pp. 93-103. Redalyc, <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=96715209>.

Morán Breñan, Carmen. "Guadalupe Nettel: 'Estaba harta de la tradicional maternidad feliz.'" *El País*, 07 nov. 2020, <https://elpais.com/mexico/2020-11-07/guadalupe-nettel-se-habla-mucho-de-discriminacion-contr-la-mujer-los-trans-pero-no-tanto-de-la-discapacidad.html>.

Motta González, Nancy. “Maternidades y paternidades afrocolombianas en Cali y El Valle.”

Historia y Espacio, vol. 8, no. 38, 2012, pp. 42-62.

“Mujer.” *La Real Academia Española*, 2021, <https://dle.rae.es/madre?m=form>.

Nettel, Guadalupe. *La hija única*. Editorial Anagrama, 2020. Impreso.

Oiberman, A. “Historia de las madres en occidente: repensar la maternidad” *Psicodebate*, vol. 5, diciembre de 2005, pp. 115-30, doi:10.18682/pd.v5i0.456.

Orozco Galván, Aldo I. y Rocha Sánchez, Tania E. “Violencia obstétrica. Una revisión crítica y feminista en torno al tema.” UNAM, Facultad de psicología, https://www.uaeh.edu.mx/xiii_congreso_empoderamiento_fem/documentos/pdf/C004.pdf. Accedido el 6 de marzo de 2022.

Palomar Vereá, Cristina. “Malas madres”: la construcción social de la maternidad.” *Debate Feminista*, vol. 30, 2004, pp. 12-34. <https://www.jstor.org/stable/42624829>.

---. “Maternidad: historia y cultura.” *Revista de Estudios de Género. La ventana*, núm. 22, 2005, pp.35-67. Redalyc, <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88402204>.

Palomar Vereá, Cristina y Suarez de Garay María E. “Los entretelones de la maternidad. A la luz de las mujeres filicidas.” *Estudios Sociológicos*, vol. XXV, no. 74, 2007, pp. 309-340. Redalyc, <https://www.redalyc.org/pdf/598/59825202.pdf>.

Pardo, Mauricio. “Intercambio y resiliencia entre los embera del Chóco, Colombia.” *Tabula Rasa*, no. 36, 2020, pp. 177-200.

Posso Quiceno, Jeanny L. “Las transformaciones del significado y la vivencia de la maternidad, en mujeres negras, indígenas y mestizas del suroccidente colombiano.” *Sociedad y*

economía, vol. 18, 2010, pp. 59-84. Redalyc,

<https://www.redalyc.org/pdf/996/99618003003.pdf>.

“Quiénes son las NoMo y por qué más mexicanas se están uniendo a esta tendencia.”, *infobae*, 8 de enero de 2020, www.infobae.com/america/mexico/2020/01/08/quienes-son-las-nomo-y-por-que-mas-mexicanas-se-estan-uniendo-a-esta-tendencia/. Accedido el 3 de marzo de 2022.

Quintana, Pilar. *La perra*. Literatura Random House, 2018. Impreso.

Quintero, Gerardo. “Pilar Quintana, su pacífico y los secretos de ‘La perra.’” *Semana Rural*, febrero 5 de 2018, <https://semanarural.com/web/articulo/una-charla-con-pilar-quintana-entre-los-secretos-de-la-perra/408>. Accedido el 1 de marzo de 2022.

Ramírez-Ramírez, Valentina. *Una aproximación sociocultural a la no-maternidad voluntaria*. 2013. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, tesis de maestría. https://rei.iteso.mx/bitstream/handle/11117/2517/tesis_valentinaramirez.pdf. Accedido el 5 de enero de 2022.

Ricoy Olariaga, J. “La violencia obstétrica es una cuestión feminista.” *Pikara Magazine*, 15 de abril de 2016, www.pikaramagazine.com/2016/04/la-violencia-obstetrica-es-una-cuestion-feminista/. Accedido el 22 de febrero de 2022.

Rich, Adrienne. *Nacemos de Mujer. La maternidad como experiencia e institución*. 1976. Traducción de Ana Becciu, eBook, Traficantes de Sueños, 2019.

Ríos, T. del P. “El ideal de mujer en Rousseau. The ideal women according Rousseau.” *Revista Científica de la UCSA*, vol. 3, no. 1, 2016, pp. 24-30.

- Roche Rodríguez, Michelle. "La maternidad oscura." *Cuadernos Hispanoamericanos*, enero 31 de 2021, <https://cuadernoshispanoamericanos.com/la-maternidad-oscura/>. Accedido el 20 de febrero de 2022.
- Romero Guzmán, María L. y Tapia Tovar, Evangelina. "Estudios contemporáneos sobre maternidades emergentes un enfoque feminista. Contemporary studies merging maternities. A feminist perspective." *Estudios de Género: feminismos y temas emergentes*, vol. 10, 2018, pp. 241- 758.
- Rose, Jacqueline. *Madres. Un ensayo sobre la crueldad y el amor*. Traducción de Carlos Jiménez Arribas, eBook, Ediciones Siruela, S. A., 2018.
- Róžańska, Katarzyna. "Los arquetipos de la mujer en la cultura latinoamericana: desde la cosmovisión precolombina hasta la literatura contemporánea." *Romanica*, no. 1 (2) / 2011.
- Ruiz-Raya, Francisco y Manuel Soler. "Parasitismo de cría en las aves: más allá de la puesta." *Investigación y Ciencia*, marzo 2020, <https://www.investigacionyciencia.es/revistas/investigacion-y-ciencia/por-qu-estamos-solos-792/parasitismo-de-cra-en-las-aves-ms-all-de-la-puesta-18341>.
- Salazar, Víctor. "Mujeres que no son madres: el estigma de una decisión." *México Forbes*, mayo 10, 2021, www.forbes.com.mx/forbes-life/salud-mujeres-que-no-son-madres-estigma-decision/. Accedido el 3 de enero de 2022.
- Saletti Cuesta, Lorena. "Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad.", *Clepsydra*, 7, 2008, pp. 169-183.

- Sánchez Benítez, Natalie. “La experiencia de la maternidad en mujeres feministas.” *Nómadas (Col)*, no. 44, 2016, pp.255-267, <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105146818015>.
- Seymour, Susan. “Multiple Caretaking of Infants and Young Children: An Area in Critical Need of a Feminist Psychological Anthropology.” *Ethos*, vol. 32, no. 4, 2004, pp. 538–56, <http://www.jstor.org/stable/3651898>.
- Shinoda Bolen, Jean. *Las diosas de cada mujer. Una nueva psicología femenina*, eBooks, Kairos, 2005.
- Sierra-Arizmendiarieta, Beatriz y Miguel Pérez-Ferra. “La educación en J.-J. Rousseau: un antecedente metodológico de la enseñanza basada en la formación en competencias.” *Revista Complutense de Educación*, vol. 26, no. 1, 2014, pp. 121-139.
- Tejero Lainez, Carmen Ma. “Mujeres y madres, ecofeminismo e interculturalidad.” *Medicina Naturista*, vol. 1, no. 1, 2007, pp. 2-8.
- Tubert, Silvia. “Demanda de hijo y deseo de ser madre.” *Debate Feminista*, vol. 8, 1993, pp. 349-377. <https://www.jstor.org/stable/42624161>.
- Urrea Giraldo, Fernando y Reyes Serna, José G. “Familias, sexualidades, clases subalternas y grupos étnico-raciales en el suroccidente colombiano.” *Ponencia presentada en el III Seminario Internacional: Familia y el reto de la Diversidad Departamento de Estudios de Familia*, Universidad de Caldas, Manizales, 2009, pp. 1-28, http://www.ucaldas.edu.co/docs/seminario_familia/Ponencia_Manizales_Fernando_Urrea_Giraldo.pdf. Accedido el 3 de marzo de 2022.
- Valls-Llobet, Carme. *Mujeres, salud y poder*. eBook. Ediciones Cátedra, 2009.

Vanegas Vásquez, Orfa K. “La pesadilla de la felicidad en *La perra*, de Pilar Quintana.”

Cuadernos del CILHA, no. 33, 2020, pp. 43-68.

--“Imaginario emocional de la violencia en narrativas colombianas recientes.” *Revista Chilena de*

Literatura, no. 100, 2019, pp. 317-339. <https://www.jstor.org/stable/10.2307/26869411>.

Vegas, Carolina. “Yo no me invento nada’, Pilar Quintana.” *Semana*, junio 6 de 2020,

<https://www.semana.com/impresaliteratura/articulo/escritora-pilar-quintana-calena-novela-la-perra-maternidad-soledad-silencio/64755/>. Accedido el 27 de febrero de 2022.

Vivas, Esther. *Mamá desobediente. Una mirada feminista a la maternidad*. eBook, Capitán

Swing Libros, S. L., 2019.

Yañez, Sabrina S. “Una genealogía feminista para abordar la maternidad como institución y

como experiencia. El legado de Adrienne Rich”. *La manzana de la discordia*, vol. 12, no.

1, 2017, pp. 61-76.

Zires, Margarita. “Los mitos de la Virgen de Guadalupe. Su proceso de construcción y

reinterpretación en el México pasado y contemporáneo.” *Mexican Studies/ Estudios*

Mexicanos, vol. 10, no. 2, 1994, pp. 281-313.

<https://www.jstor.org/stable/1051899?seq=1>

VITA

Leocadia Villarreal received her Bachelor of Arts in Spanish from Texas A&M International University in 2020. She entered the Language, Literature & Translation program in Fall 2020, and she will receive her Master of Arts degree in Spring 2022. Her field of interests include Women studies and Mexican Literature.

Mrs. Villarreal may be reached through email at leocadiavillarreal@dusty.tamiu.edu